6819

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

MARIO Y MARÍA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

SABATINO LÓPEZ

VERSIÓN CASTELLANA

Copyright, by A. F. Lepina y E. Tedeschi, 1916

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

4

MARIO Y MARIA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MARIO Y MARIA

COMEDIA

en tres actos y en prosa

original de

SABATINO LÓPEZ

versión castellana de

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el TEATRO ESLAVA el día 23 de Noviembre de 1916

MADRID
R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA	Sra. Bárcena.
LA BARONESA DE KRUBELICH.	Srta. Catalá.
LUCÍA	Garcés.
HECTOR	Sr. Codina.
EL BARÓN DE KRUBELICH	Collado.
ADOLFO	Aguirre.
TOMÁS	París.
DANIEL	Molinero.
ROMÁN	Marchante.

La acción en Florencia.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Un saloncito en casa de María. En el foro una gran ventana con vidrieras artísticas que descubre un bello panorama. Puertas en los laterales. La de la derecha se supone que comunica con las habitaciones interiores de la casa; la de la izquierda es la más inmediata al recibimiento. La habitación está amueblada con lujo y buen gusto. Sin dejar de tener detalles cuya delicadeza dejen adivinar la mano de una mujer, el tono general de la habitación responde al capricho de un muchacho rico y amante de la comodidad y del arte. Muebles del último modelo, otros antiguos restaurados o falsificados con arreglo a las exigencias de la moda, cuadros, estatuas, etc., etc. La acción comienza en las primeras horas de la mañana.

—

(Al levantarse el telón la escena aparece sola. Suena un timbre dentro, hacia la izquierda, y entra por este lado LUCÍA, seguida de ADOLFO.)

Lucía (Docella, bonita y bien vestida. Levanta la cortina de la puerta de la izquierda dejando paso a Adolfo.) Pase el señor. La señorita acaba de regresar de su paseo a caballo. (Cruza hacia la derecha y llama.) ¡Señorita... señorita!...

María ¿Qué?

Lucía Está aquí el primo de la señorita.

María Voy corriendo.

Lucía Ya ha oído el señor. La señorita viene en seguida.

Adol. (Tiene cincuenta años y los representa. El cree aparentar diez menos tiñéndose el pelo y el bigote y ha-

611715

ciendo gran dispendio de afeites. Viste correctamente con cierta presunción, pero los sastres de Treviso no se han distinguido nunca por la elegancia del corte.) Bien; pero ante todo la exactitud, yo soy esclavo de la exactitud. Conste que no soy primo de la señorita María, lo fuí de su difunta madre. Además, la edad lo dice. Tengo más de cincuenta años, casi sesenta. ¿Se me conocen? Di la verdad. ¿Se me conocen?

Lucía No sé.

Adol. Sí, hijita, sí. Se me conocen los lunes, miércoles y viernes, porque no me tiño.

Lucía Con permiso del señor... Si quiere el señor leer... aquí está el periódico. (Le indica una mesita donde hay varios periódicos.)

Adol. Gracias, hijita. Me lo sé de memoria. Le he leído en mi pueblo, le he vuelto a leer en el tren... He acertado hasta la charada: «Vapores.» Mi primera verbo, mi segunda río, mi tercera... Pero de todos modos, gracias por la buena intención... Y si tienes que hacer, por mí no te detengas.

Lucía Con su permiso. (Hace mutis.)

(Adolfo deja el periódico y mira con curiosidad la habitación, palpando las telas de los muebles. Aparece MARÍA por la derecha. Es una muchacha de veintitantos años. Viste traje de montar, pero con pantalón bombacho y polaina. Un traje que quiere ser muy masculino, muy americano, pero que precisamente hace resaltar la gracia de la figura femenil. Lleva el pelo cortado y no luce ninguna alhaja ni adorno y se toca con un sombrero flexible. Con frecuencia cruza una pierna sobre otra y mete las manos en los bolsillos de la levita, en los que lleva pitillera y fosforera.)

María Buenos días, Adolfo. ¿Has hecho buen viaje? ¿Cómo estás?

Adol. (La examina de pies a cabeza sin expresar una excesiva sorpresa, pero dando a entender que la toaleta no es de su agrado.) Muy bien, ¿y tú? ¿Muy bien, verdad? De salud, porque de indumentaria, estás bastante mal.

María ¿Te extraña mi traje? Es la última moda en Norteamérica. Comprenderás que resulta incómodo, ridículo y hasta peligroso, el an-

tiguo traje de amazona. Este es más práctico, más lógico y hasta más moral. ¿Por qué te desagrada?

Adol. Porque a mí las mujeres, me gustan mujeres.

María (Con intención) ¿Todavía?

Adol. (Ofendido.) ¿Cómo todavía? (Sin gran convencimiento.) Ya lo creo que todavía. No soy ningún vegestorio. ¡Digo me parece!

María Vegestorio no, pero...

Adol. Más vale que hablemos de negocios.

María (Amable.) Con mucho gusto; hablemos de negocios. ¿Quieres un cigarrillo?

Adol. (Con desabrimiento.) No.

María Qué poco fino eres. En lugar de ofrecérmele tú a mí.

Adol. Yo no ofrezco tabaco a las mujeres.

María (Saca la petaca y enciende un cigarrillo.) A pesar de lo cual las mujeres fuman.

Adol. Hablando de nuestros negocios. Los Alfieri están apuradísimos. Como el pleito lleva ya varios meses de tramitación, y promete hacerse interminable, ellos están dispuestos a llegar a un arreglo, sólo conque tú reconozcas que tienen derecho a una pequeña indemnización. Dime si en principio te avienes a transigir, y luego se discutirá la cantidad.

María ¿A ti que te parece? Ya sabes que tengo absoluta confianza en ti. Eres un poco rústico, pero escrupuloso, y honrado a carta cabal.

Adol. Muchas gracias... Pero como el dinero es tuyo, he creído del caso venir a consultarte. Por mi parte me he limitado a dejarles esperar muy remotamente, y sin compromiso alguno... ¿Te parece bien veinte mil liras? Yo creo que con esa cantidad nos libramos de los Alfieri para siempre. Son unos pobres diablos. Más pobres que diablos. Creían coger un pellizco de la herencia y se han quedado *in albis*. Tú les das el pellizco. Veinte mil. Y no corres el albur de una sentencia desfavorable. Cuando se acude a los Tribunales, todo es posible, hasta ganar cuando se tiene razón. Pero no sucede a menudo.

María Dáselas y no se hable más del asunto. Ya te he dicho que tengo la más completa confianza en ti.

Adol. Pues con eso queda todo terminado; y dentro de una semana, lo más tarde, te traeré las cuentas. (Dándole un golpecito en el hombro) Ya puedes estar satisfecha, hija mía, te va a quedar en limpio muy cerca del millón de liras. ¡Era toda una señora tu tía de Barcelona!

María Ya lo creo. ¿Por qué se le ocurriría a la buena señora dejarme a mí toda su fortuna?

Adol. (Muy tranquilo.) Porque estaba chiflada.

María Muchas gracias.

Adol. Dispensa. Lo mismo me la podía haber dejado a mí, o al Patriarca de Venecia, o al Emperador del Japón...

María Al fin y al cabo yo era su sobrina...

Adol. Sobrina de su marido, del que se había separado a los seis años del matrimonio. Te ha visto tres veces en la vida...

María Pues en esas tres veces le hice gracia. Y eso que jamás hice nada para resultarle agradable. ¡Hasta descortés fuí con ella, para que no pudiera sospechar que le bailaba el agua por su dinero! ¡Buena soy yo! Tal vez esa falta de servilismo, aumentase su simpatía. Recuerdo que el último día que estuvo en Florencia me dijo: «Prepárate para recibir una sorpresa de mi parte.» Yo esperaba que me enviaría desde España un regalo... no sé qué: una guitarra, un puñal de Toledo, pero pasaba el tiempo y el regalo no venía; y de pronto enfermedad, muerte, telegrama del Cónsul, heredera universal... ¡Buena señora! ¡Admirable señora! Cincuenta mil liras le he dado al escultor para el mausoleo, se lo merece.

Adol. ¡Quién lo duda!... Y ahora, ¿qué vas a hacer? (Con sencillez.) ¿Piensas casarte?

María (Sorprendida.) ¿Con quién?

Adol. Mujer, con quien se te antoje. Estás sola, eres dueña y señora de ti misma, tienes un fortunón... Hace un año eran los hombres los que tenían que ir a buscarte a ti, pero

ahora, con un millón por medio, ya puedes permitirte el lujo de ser tú la que escoja... No tienes más que alargar la mano.

María Ya veremos... (Sonriendo.) ¿Te casarías tú conmigo?

Adol. Si te vistieras de un modo menos estambótico...

María ¿Lo ves? No basta tener un millón para casarse con quien una quiera. Supongamos que fueras tú mi debilidad, pues nada... tendría que resignarme... ¡Cuidado que eres difícil de contentar, hijo mío!

Adol. ¿Yo? Facilísimo... Pero soy normal. Detesto la excentricidad, la extravagancia, la despreocupación... No sé cómo explicarte...

María (Muy tranquila.) ¿Qué es lo que no sabes explicarme? Yo te ayudaré.

Adol. ¡Caramba... eres una mujercita monísima! (Rectificando.) Es decir, podías resultar una mujercita monísima, y te pones hecha una facha, con esa manera de vestir... Ni carne, ni pescado.

María Carne no tengo mucha... ya lo ves.

Adol. Pero eso no es motivo para que te vistas de un modo estrafalario y desafíes el ridículo.

María ¡Por Dios y por todos los santos! ¡El ridículo, el ridículo! El ridículo es la moda de hace seis meses o la de dentro de seis meses. El sombrerito que todas las elegantes llevaban hace un año, o el sombrerote que llevarán todas la primavera próxima. Hasta hace poco tiempo resultaba ridícula la mujer que fumaba, y hoy resulta ridícula la que no fuma.

Adol. No tanto. Pero en fin, admitamos que tengas razón, no me querrás convencer, supongo, de que dentro de seis meses, ya no estará de moda que las mujeres lleven faldas.

María ¡Pschss! ¡Quién sabe!...

Adol. (Protestando.) ¡Sería el colmo!

María De todos modos, aunque yo me vistiese de hombre a todas horas, no sería la primera ni la última. Rosa Bonheur fué una gran pintora...

Adol. De animales.

María ¡Ah! ¿lo sabes? Efectivamente, de animales,

pero sus cuadros están en el Louvre, y eso que ella gastaba pantalones... También Jorge Sand fué una mujer.

Adol. Una novelista; también lo sé.

María Sus libros están en todas las bibliotecas, y también gastaba pantalones.

Adol. Sí, pero demuéstrame que los cuadros de Rosa Bonheur, y las novelas de Jorge Sand son bellos, porque los han pintado y escrito mujeres que llevaban pantalones, en vez de llevar faldas.

María Tal vez...

Adol. ¡San Antonio bendito! ¡No me obligues a decir una barbaridad!

María (Más enérgica.) Pues sí, señor. Tal vez si aquellas mujeres hubiesen llevado la nota femenina hasta en el traje, si no hubiesen desenvuelto la nota masculina, varonil que llevaban dentro de sí, la independencia, el valor, el espíritu de observación, la altivez, si hubiesen cultivado en cambio la decadeza, la malicia, la tendencia a la mentira, no hubiesen conseguido ser lo que fueron.

Adol. Perfectamente; pero tú, ¿qué eres? ¿qué pintas? ¿qué escribes?

María He sido maestra de escuela cuando estaba en la miseria, pero ahora, nada, figúrate, ahora que soy rica, tengo la obligación de no hacer nada para no quitar el pan a otra pobre. Soy una espectadora.

Adol. Bueno. ¿Y si gastaras pantalones?

María Espectadora seguiría siendo.

Adol. Eso es. Por lo cual da lo mismo que sigas gastando faldas. ¿Para qué te servirían los pantalones?

María Por lo menos para ir a todas partes con más libertad. De noche, por ejemplo, al salir con mis amigos, la gente que me viese acompañada por ellos, me tomaría por un muchacho y no por una cocota, o por la amante de uno de ellos, como suponen tal vez, al verme sola entre tantos hombres. Además, además... (Sonriendo.) Tengo veintiseis años, ¿comprendes?, veintiseis años. Para muchacha soy casi vieja, para hombre sería casi niño.

Adol. Esta razón me convence del todo. Deseo de aparecer más joven. Traje masculino, pero coquetería femenina.

María ¡Nada de femenina! ¿Tú que eres hombre y que te aprecias de ser muy hombre, no te tiñes el pelo?

Adol. (Un tanto mortificado.) Me tiño... me tiño...

María Te tiñes... ¡A tus años!...

Adol. A mis años... ¿Cuándo me iba a teñir? ¿Cuándo tenía el pelo como la endrina?

María Es que yo no me teñiré nunca, ni cuando sea vieja.

Adol. Es que yo no me he vestido nunca de mujer, ni cuando era joven.

María (Riendo estrepitosamente) ¡Qué lástima! ¡Sí que estarías guapo! ¡Me gustaría verte!... Yo en cambio, vestida de Mario, seguramente estaría monísima.

Adol. ¿Qué dices? ¿Vestida de Mario?

María Ah, sí; el día en que me vistiese de hombre para siempre, me gustaría cambiar hasta de nombre. Para mis amigos hace ya tiempo que soy Mario. Soy un amigo y no una amiga. Y Mario me llaman.

Adol. Pues yo os llamo guillados, a ti y a ellos.

María ¿Por qué?

Adol. Porque sí. Y tú más que todos, que estás desperdiciando la flor más bonita, el perfume más exquisito, la joya más preciada que tiene una mujer.

María ¡Cuánta cosa! Flor, perfume o joya, ¿en qué quedamos? Y según tú, ¿cuál es ese perfufume?

Adol. El pudor.

María Ay, hijo mío, confundes la ignorancia con el pudor. Pero la ignorancia del convento, la ignorancia de la casa de campo aislada del mundo, ya no es posible hoy día, no diré para una muchacha viejecilla como yo, sino ni en una niña de diez años. Siempre que no nos tengais encerradas en casa para cebarnos como gallinitas y os dediquéis a trabajar solo vosotros... Pero cuando de vuestra hermana o de vuestra novia haceis una maestra de escuela o una mecanógrafa, una cajera, y la lanzais entre la gente con

este motivo o con el otro en resumidas cuentas, para que os ayude a ganar la vida, no tenéis más remedio que renunciar a su santa ignorancia, a su pudor como tú lo llamas, a la flor, al perfume, a la joya, para hacer de ella la gallina de los huevos de oro. ¿Tú querrías el huevo y la gallina? Ay, no, hijo mío. Sería muy cómodo, pero es demasiado. O la gallinita o el huevo.

(Dentro se oyen tres voces masculinas de tonalidad distinta; caricaturescamente hueca una, atiplada otra y engolada la otra, que dicen en broma:)

Una ¿Se puede?

Otra ¿Se puede?

La otra ¿Se puede?

María (Yendo hacia la puerta.) Un momento.

(Las tres voces dentro y con la misma broma.)

Una No se puede.

Otra No se puede.

La otra No se puede.

María Esperad un poco. (A Adolfo.) Son tres amigos míos; tres artistas.

Adol. ¿Los que te llaman Mario?

María ¿Los quieres ver o no los quieres ver?

Adol. ¿Qué me preguntas? Estás en tu casa.

María (Hacia la puerta.) Adelante.

(Las tres voces dentro.)

Una Adelante.

Otra Adelante.

Otra Adelante.

(Se abre la puerta de la izquierda y entran TOMAS, DANIEL y ROMAN.)

Los tres Hola. Hola. Hola.

María (Presentando.) El señor Adolfo Prevedón, comerciante de Treviso, primo mío y mi apoderado. El pintor Tomás Torelli, el escultor Daniel Musatti y el pintor Román Boriello. (Cambio de saludos.)

Dan. ¿Conque es usted de Treviso? ¡Soberbia ciudad! No la conozco, pero tengo allí un cliente que me ha comprado un busto y una estatua; todas mis simpatías son para Treviso.

Tomás Yo, en cambio, tuvé una amante que era de Treviso. Un día se escapó llevándose mi reloj, que tuve que rescatar en el Monte de

Piedad. No conozco Treviso. pero no me gusta.

Adol. (A Román.) Y usted, ¿qué tiene que decir de mi pueblo?

Román ¿Yo? Nada. ¿Se halla usted de paso en Florencia o piensa quedarse para siempre?

Adol. De paso. He venido únicamente para hablar con María. (Rectificando.) Perdón, con Mario. Ya nos hemos puesto de acuerdo y esta misma noche me marcho.

Tomás Muy bien; mejor dicho, vamos por partes, pues si como decía Marco Visconti «Bella ciudad es Lucca, mas no es Milán.» Yo digo: «Bella ciudad es Treviso, pero no es Florencia...»

Román (A Adolfo.) Sírvase usted no formar mal concepto de él, caballero; lucha aún con la influencia de unas botellas que despachó anoche.

Tomás Treviso es una población de tierra adentro...

Adol. Sí, desgraciadamente.

Tomás Sin agua...

Adol. Allí no tenemos más que agua mineral... pero abunda el vino...

Tomás Quiero decir sin mar... Yo podría reconciliarme con Treviso y proporcionarle el mar... Podría venderle a usted una hermosa marina que he terminado ayer precisamente. Usted podría colocarla a la cabecera de su cama y por las mañanas se despertaría con el agua en la alcoba... Hágase usted cargo, mar tranquilo en calma, lancha pesquera en el fondo... Para un hombre de negocios hasta resulta un símbolo... Mar bonancible, los asuntos marchan bien, y si marchan mal, allí está la vela para largarse con viento fresco. ¿Ha comprendido usted? Vendo barato, pero al contado. ¿Por qué no viene usted a visitar mi estudio?

Adol. Iría con gusto si no tuviese el tiempo tasado. Tengo que salir esta misma noche.

Román (Burlón a Tomás.) Otra vez será.

Tomás Cuento con ello. (Indicando a Román.) No vaya usted a su estudio, no pinta más que desnudos. Mujeres guapas, pero demasiado in-

citantes. No es pintura para hombres de negocios.

María (Que mientras tanto ha ofrecido cigarrillos.) Mi primo es también hombre de mundo.

Adol. ¡Oh!...

María ¡Jóvenes amigos! Vuestra visita me es muy grata, pero desearía saber qué objeto tiene. ¿Qué habeis venido a hacer aquí?

Tomás Tiene razón. (Volviéndose a los otros.) ¿Qué hemos venido a hacer aquí?... Pues nada. Este (Indica a Daniel.) y yo paseábamos, y nos tropezamos con este... y...

María ¿Y qué?

Tomás Pues que dijimos, ya somos tres a aburrirnos, vamos a ver si nos aburrimos cuatro y tomamos el acuerdo de venir a tu casa confiando en que al mismo tiempo podríamos refrescar, pues hace un calor de mil diablos.

María (Sonriendo.) Comprendido. En fin, que queréis beber algo.

Román Eso es.

Dan. Y si hubiese unos bizcochitos, los admitiríamos con gusto.

Tomás Y una lonchita de jamón, tampoco merecería desprecio.

María Comprendo.. comprendo. Voy a decir que dispongan el piscolabis en la mesa del comedor. (Vase por la derecha.)

Tomás (A Adolfo) Tiene usted una prima que vale mucho.

Dan. Buena, alegre, inteligente, sencilla...

Román Con tal de que no se case.

Tomás Yo me haré presentar al marido... Es una compañera demasiado simpática.

Adol. No saben ustedes qué satisfacción experimento al oirles decir: «Es una compañera muy simpática» y «Quién sabe si se casará.» Eso da a entender que la consideran ustedes como mujer... Porque ella me ha dicho, que para ustedes era un amigo, un hombre... Mario.

Dan. En efecto, como hombre la consideramos en el sentido de que nos olvidamos de que es mujer joven y bonita. Así y todo, mentiríamos negando que en nuestra mutua amistad, hay sus ribetes de galantería y de ter-

nura, que no existirían si no fuese mujer. Como algunas bebidas demasiado fuertes, templadas con un poco de limón o unas cuantas gotitas de jarabe. Pero en cierto sentido a María no le falta razón al decir que es un amigo nuestro.

Tomás Figúrese usted que también es nuestro cajero; pero entendámonos, acudimos a ella lo menos posible. Yo no le he pedido un cuarto más que cuando dice que se siente hombre. Deber dinero a una mujer, ¡nunca! Cuando hace de cajero, es Mario.

Román Otras veces le contamos nuestras contrariedades menudas, nuestras decepciones; ella nos mima un poco, nos consuela un poco, se conmueve un poco y entonces es María.

Tomás Pero, ¡ay del que se lo diga! Ella no quiere ser más que un compañero, un camarada. Fuma, pero no porque le guste fumar, no; sino porque fumar es de hombres. A veces hasta suelta una palabra gruesa, pero buscándola con premeditación, porque es cosa de hombres. A veces hasta nos pide dinero prestado por veinticuatro horas, sin necesitarlo, porque también eso lo hacen los hombres... Es una inocente manía; ¿quién no tiene alguna? La suya es echársela de Mario, siendo tan María.

Adol. Lo malo es que la gente no sabe nada de eso porque no la conoce. Yo soy el único pariente de María. La quiero mucho y ya que cuido sus intereses, quiero velar también por su buena fama.

Dan. ¿Teme usted la opinión de las gentes? No tenga usted cuidado. ¡Tantas cosas ha visto ya Florencia inmortal, que tampoco se turbará viendo a esta linda mujercita, con el traje de hombre que piensa ponerse.

Adol. ¡Ah! ¿También se lo ha dicho a ustedes? ¿No se trata por lo tanto de una broma? ¡Esta muchacha va por mal camino!

Román ¡Pierda usted cuidado! Y no tema usted por nosotros. Pocas mujeres habrá tan respetadas como ella, aunque no le estemos llamando señorita a cada dos palabras. El primero

que se atreviese a faltarle al respeto se llevaría una buena lección de los demás.

Dan. Y aun cuando no la respetásemos nosotros, ya se encargaría ella de hacerse respetar. Créame usted, su actitud es solo un capricho inocente, y su afán de masculinizarse, terminará para siempre el día en que entren en juego sentimientos más íntimos.

Tomás Ella como todas. El día en que tenga un hijo, veremos si le enseña a que la llame papá o mamá.

María (Saliendo.) Ya está todo listo. Dentro de diez minutos tendréis el refresco.

Dan. ¡Todavía diez minutos!...

María (A Tomás.) ¿Sabes que esta mañana he visto a Anselmi y me ha hablado mucho de tus cuadros?

Tomás ¿Y qué te ha dicho ese estúpido?

María Todo lo peor que podía decir de ti. Insolencias, malas palabras, vituperios.

Tomás (Satisfecho) Bien, bien. Especifica.

María Ha dicho que eres un animal.

Tomás Sobre poco más o menos lo que digo yo de él. Adelante.

María Y que si fueses uno de los discípulos de su Academia, te suspendía.

Tomás Y si yo tuviese Academia, no le admitiría a él ni para bedel.

María Que si algún día llegase a pintar como tú, se cortaba las manos.

Tomás Claro, porque pinta con los pies. No sabes la alegría que me has dado. Me detesta. Luego me teme, luego me admira.

María Buen razonamiento.

Tomás Es lógica pura. La indiferencia ofende, la injuria levanta. Nada, nada; que ese hombre reconoce mis méritos.

Lucía (Entrando.) Señorita...

María ¿Está todo listo?

Lucía Sí, señorita; pero ha venido un caballero...

Román (Protestando.) ¡Ah, eso sí que no!

Dan. ¡Protesto!

Tomás Nos morimos de hambre.

María ¿Quién es?

Lucía (Aparte a María.) El señorito Héctor. Dice que quiere hablar con la señorita, pero a solas.

María Está bien. (Alto.) Dispensadme, hijitos, pasad vosotros al comedor, que yo iré en seguida.

Adol. ¿Va también por mí eso de hijitos?

María Naturalmente. En seguida despacho la visita y voy con vosotros.

Dan. Mira que te dejamos debajo de la mesa.

María Que aproveche. (Tomás, Daniel, Adolfo y Román hacen mutis por la derecha.) Que pase el señorito Héctor. (Sale Lucia por la izquierda y ella se arregla el pelo y el traje rápidamente.)

Héctor (Entrando.) Buenos días. Dispensa si vengo a molestar. Sé que tienes gente...

María Sí, unos amigos que están tomando un refresco. Si gustas también tú...

Héctor Muchas gracias. Vengo deprisa. (Silencio.)

María Habla. ¿No dices que tienes prisa?

Héctor (Abstraído.) Sí. (Vuelve a callarse.)

María ¡Eh! ¡Que estoy aquí! ¿Qué pasa?...

Héctor Pues que he vendido el cuadro que tenía en la Exposición.

María Enhorabuena... ¿Qué? ¿No es verdad?... Lo dices con un tono...

Héctor Es que... no te he dicho las cosas exactamente. Rectifico y completo. Mi cuadro se ha vendido, pero acudo a ti para que la venta quede anulada y me lo compres tú. Es preciso.

María Explícate, hijo; porque no te entiendo.

Héctor El cuadro se ha vendido esta misma mañana. Hace un par de horas, sin haber recibido aún la noticia del secretario de la Exposición; al dar vueltas por las salas, ví colgado sobre el marco el cartelito de adquisición. Y dice: «Adquirido por el señor N. N.» Fuí a ver al secretario para saber quién era el misterioso comprador y el precio en que había sido vendido el cuadro... El precio era el del catálogo, seis mil liras... Pero he sabido el nombre del comprador y no puedo consentir de ningún modo que mi pintura vaya a poder suyo.

María ¿Por qué? ¿Ha pagado en billetes falsos? ¿Es dueño de una timba? ¿Es un espía?... Si no te explicas más claro...

Héctor No hace falta.

María ¿No? (Con desabrimiento.) Hijo mío, me parece que sí. Acabas de decirme: «Es preciso que compres el cuadro.» Tengo derecho a saber algo más... ¡creo yo!

Héctor Tienes razón... El comprador... tú le conoces... Es el barón de Krubelich...

María ¡Ah! (Silencio.)

Héctor He ido inmediatamente en busca suya y le he dicho que el cuadro ya estaba vendido antes de que lo comprase él, y que el cartelito no aparecía colgado del marco, porque yo mismo había hecho la venta directamente y aún no se había notificado a la secretaría, y, por consiguiente, él no tenía más remedio que renunciar al lienzo. El Barón no se conformaba con mis explicaciones, me preguntó a quién se lo había vendido y le dije que a ti.

María Sin tomarte siquiera la molestia de consultarme.

Héctor No tenía más remedio que decir algún nombre, y ese nombre había de ser el de un amigo con dinero, para que la cosa tuviese visos de verosimilitud. En efecto, al saber que se trataba de ti, no se sorprendió, y me dijo: «Perfectamente: estoy dispuesto a renunciar, pero deseo ser yo mismo el que use esta galantería con la señorita María Delcamin. Iré a su casa y tendré el gusto de presentarle mis respetos.» Tal vez le quede alguna duda y quiera desvanecerla.

María ¿Y se puede saber por qué motivo tu cuadro no puede pasar a poder del Barón?

Héctor Te ruego que no me preguntes nada.

María Descuida... (Decidida.) Pero no estoy dispuesta a secundar tu farsa.

Héctor ¿No?... La verdad, esperaba que tú fueses más amable.

María Y yo esperaba que tú fueses más leal conmigo. Hablemos claro. Cuando una persona solicita un favor, y sobre todo una complicidad, no puede permitirse el lujo de añadir a su ruego una buena dosis de orgullo.

Héctor Sea como tú quieras... (Después de dudar un instante.) La Baronesa de Krubelich... es Mignon.

María Lo sé.

Héctor Ella y yo hemos sido buenos amigos...

María Lo sé también.

Héctor Entonces...

(Pausa.)

María Entonces, ¿qué? ¿El Barón no puede comprar un cuadro tuyo, porque tú has sido amante de su mujer, cuando ella todavía no era su mujer? ¿Es motivo de indignidad ser marido de una ex-amante tuya? ¡Presumes un poquito demasiado, hijo de mi alma!

Héctor No sería indignidad por parte suya al comprarle, sería indignidad de la mía el vendérsele.

María (Serena.) No veo el motivo.

Héctor En ese caso hazte cuenta de que no he dicho nada. Ciertas cosas se comprenden o no se comprenden.

María Creo comprender. Pero no quiero confidencias a medias. Has abusado un poco de mi nombre. No te guardo rencor por ello porque soy tu amigo, es decir, tú dices que soy tu amigo, pero ¿qué especie de amigo? Me consideras un ser inferior, indigno de recibir tus confidencias, porque soy mujer.

Héctor Ni inferior ni indigna. Eres un amigo aparte, una persona aparte, pero ciertas confidencias a nadie, y menos a una mujer. Ya porque eres mujer, aunque parezcas un hombre, a ciertas confidencias se opone una barrera: la de la discreción.

María Por lo cuál yo peco de indiscreta al preguntarte.

Héctor No lo sé. Sé que el indiscreto sería yo si te contestase.

María Afortunadamente no hace falta que me cuentes nada puesto que lo sé todo. Tú sigues siendo amante de Mignon.

Héctor ¿Quién te ha dicho?...

María Eres un niño. No niegues el hecho. Te molesta que yo lo sepa. Pues me lo has dicho tú, es decir, lo he comprendido por tu actitud.

Héctor Has comprendido mal. Entre esa mujer y yo todo terminó hace mucho tiempo.

María Mentira, mentira. Te repugna tomar dinero

del marido porque le estás robando la mujer. Ya ves cómo comprendo. Además, temes que alguien pueda creer que ella ha inclinado a su marido a comprar el cuadro, lo cual sería en cierto modo protegerte, darte dinero... ¿No es así?

Héctor ¡No es así!

María ¿No? Pues entonces no lo compro. No hay motivo ninguno para que le compre. Si tengo que mentir, y fingir y quedarme con un cuadro que no estaba en mi ánimo comprar, quiero que sea por algo. (Pausa. Héctor calla.) ¿Qué eliges? ¿Qué decides? ¿Hablar o renunciar?... ¿Es así?

Héctor ¡Es así!

María ¡Perfectamente! Tienes razón. No es decente ni oportuno que vendas el cuadro al Barón. Hay muchos artistas que te envidian, porque tienes fama, y porque pasas por afortunado con las mujeres, aunque no lo seas. Tener una Mignon por amante no es una fortuna. Les faltaría tiempo para asegurar que ella compra tus cuadros para pagarte. Eso es grave, sería muy grave... Por lo tanto, considero, siento el deber de auxiliarte, y te secundaré en el engaño. Compro tu cuadro.

Héctor ¡Gracias! Pero no hace falta que le compres. Basta conque finjas haberle comprado... Cojo el dinero en la secretaría y se le devuelvo al Barón. Perderé sólo el tanto por ciento, que corresponde a la Exposición.

María Sí; pero, ¿y después? Si todo el mundo sabe que yo he comprado el cuadro, tiene que quedar forzosamente en mi poder, y no puedes venderle.

Héctor Te le regalo.

María ¡Estás loco! ¿Por qué razón tienes que regalarme un cuadro que vale seis mil liras?

Héctor ¿Y por qué motivo me vas tú a regalar ese dinero?

María (A LUCÍA, que se presenta en la puerta.) ¿Qué quieres?

Lucía El señor Barón de Krubelich.

Héctor (A María.) ¿No te lo decía?... ¿Me quedo?

María Más vale que no te vea. Yo le diré que aca-

bas de marcharte. La verdad hasta donde se pueda. (A Lucía.) ¿A dónde le has pasado?

Lucía Al salón. Como en el comedor están los otros señores... (Vase Lucía.)

María Puedes marcharte. Que no te vea.

Héctor Gracias. No te digo más.

María Hasta la noche. En el café Suizo, ya te contaré. Anda, vete pronto.

(Vase Héctor acompañado por Lucía, y en seguida entra el BARÓN acompañado por Lucía.)

Barón (Es un anciano de buen ver y muy cuidadoso de su persona. Tiene un acento extranjero no muy marcado, pero sí algo cómico, que se fía a la discreción del actor que cuidará de subrayar las faltas de sintáxis.) Amiga mía.

María Buenos días, Barón. Llega usted muy oportunamente. Estaba esperándole.

Barón (Después de besarle la mano.) ¿De veras? ¿Se lo ha dicho a usted el corazón? Tiene usted el corazón piadoso, puesto que adivina de lejos a un viejo extranjero que viene a buscarla.

María No, (Ofreciéndole asiento.) no me ha hablado el corazón. Me ha hablado el pintor Héctor Frecci, que acaba de marcharse.

Barón Ah, ¿me ha precedido? Era más lisonjera mi suposición, pero la verdad es siempre más sencilla. Dígame usted, ¿es verdad que ha comprado usted el cuadro?

María Y tan verdad. Siento, mi querido amigo, que haya llegado usted tarde.

Barón Siento, querida amiga, que usted haya llegado temprano, esto es, antes que yo. Sabe usted que soy el comprador oficial, que ya he pagado; que por lo tanto, según las reglas del comercio, mío es el cuadro.

María ¡Ay, Barón!

Barón Espere usted. También existen las reglas de la cortesía. Yo quería, ante todo, asegurarme de si usted realmente le había comprado; y esta no era una historia del pintor. Usted dice que sí. Cedo el paso con gusto, tanto más cuanto que se lo cedo a una pequeña dama-hombre como usted.

María (Inclinándose.) Nunca he dudado de su galantería. Siento darle a usted un disgusto; pero

tengo un capricho tan grande por ese cuadro, Barón...

Barón No, disgusto a mí personalmente, no. A mi mujer. Yo le confieso a usted que la pintura del señor Frecci me gusta, pero no hasta seis mil francos. (Sonriendo.) Un poquito menos... Bastante menos. (Volviendo a sonreir.) A mí me gustan los viejos pintores, compro cuadros antiguos, pero la Baronesa desde el primer día se ha plantado delante de este lienzo, y ayer por fin decidió comprarle, y yo estoy a las órdenes de la Baronesa... Todos estamos a las órdenes de alguien, ¿no?

María Es usted todo un hombre.

Barón (Sonriendo.) Sí; es verdad. Quiero decir, que en cuanto usted me devuelva las seis mil liras que he pagado se las entregaré a la Baronesa para que se compre alguna alhaja o haga con ellas una obra de caridad... a su gusto... Supongo que prefiere la alhaja.

María De todos modos, tenga usted la bondad de pedirle perdón de mi parte, y muchas gracias a ella y a usted. ¿Puedo tener el gusto de ofrecerle siquiera un refresco, un poco de té?

Barón No, gracias. Un cigarrillo, sí.

María ¿Nada más? (Le da un cigarrillo y se le enciende.)

Barón (Dudando un instante.) Sí... sí... otra cosa... Voy a pedirle a usted un favor personal... Querría volver mañana a esta casa a tomar una taza de té, pero no yo solo... (Con timidez.) con mi mujer... La Baronesa considera un honor conocer a usted. Para usted es un favor muy pequeño, y para nosotros un placer, (Rectificando.) un honor muy grande.

María (Vacilando.) Por Dios, Barón...

Barón ¿Por Dios, quiere decir que sí?

María Desde luego... con mucho gusto... figúrese usted...

Barón (Levantándose.) Gracias. (Muy risueño.) Mi visita por lo del cuadro, era un pretexto, una ocasión para pedirle esto... Mañana por la tarde, a eso de las cinco... ¿Le conviene?

María Ya lo creo.

Barón Créame usted. La Baronesa trata a muy pocas personas. Las señoras se muestran con

ella muy desdeñosas porque ha sido artista; pero vale más que su fama, se lo aseguro a usted y deseo vivamente conocerla. Usted le quita un cuadro; dele usted en pago una taza de té. (María sonríe.) Ella tiene mucha curiosidad por usted. La quiere a usted un poco, porque yo la quiero a usted mucho.

María Tendré un verdadero placer en recibir a ustedes. Dígame con entera franqueza, ¿prefiere usted que estemos solos o con mis amigos?

Barón Lo que usted disponga... (Muy fino y como teniendo prisa para marcharse.) con tal de que esté usted... (Le besa una mano, hace una reverencia y desaparece.) Es usted todo un gentil caballero, señora mía.

María (Le despide y luego pasa al otro lado y dice desde la puerta:) ¿No habéis terminado todavía?

Voces (Dentro.) ¡Sí! ¡Sí! ¿Vienes?

María ¿Para qué? Si habéis terminado, pasad aquí. ¡Adelante! ¡Vía libre!

(Entran TOMÁS, ADOLFO, DANIEL y ROMÁN.)

Tomás ¿Quién era?

Dan. Si no es importuna la pregunta, ¿qué visita tan larga has tenido?

María El Barón.

Tomás ¿Qué Barón?

María El Barón de Krubelich.

Dan. ¿Nada menos? Y qué quería, ¿se puede saber?

María Anunciarme que mañana vendrá con su mujer a tomar una taza de té.

Román ¿Aquí? ¿A tu casa?

María A mi casa.

Román ¿Y tú qué le has dicho?

María Le he dicho que venga.

Dan. ¿Con la Baronesa?

María Con la Baronesa.

Tomás ¿Con Mignon?

María Con Mignon.

Adol. ¿Quién es Mignon?

Dan. (A Adolfo.) Pero ¿no sabe usted que la Krubelich es la propia Mignon? ¿De dónde sale usted?

Tomás ¡Bien se conoce que es usted de Treviso!

Dan. Pues así como suena. La Baronesa de Krubelich, título ruso, es la bella Mignon.

Tomás Que no se llama Mignon, sino Carlota.

Dan. Mignon, de nacimiento Carlota, después Mignon, y después otra vez Carlota, hija de padres pobres, pero poco honrados; y educada entre una bofetada de la borrachera de aguardiente de mamá, y una puntera de la borrachera de ajenjo de papá.

María (Enojada.) Me parece de muy mal gusto lo que estais diciendo.

Román Ah, ¿no es verdad? Bailarina célebre a los dieciséis años, por la belleza de sus piernas.

Dan. Y de lo demás...

Román Y de lo demás. Modelo a los veinte años para el busto.

Dan. Y para lo demás.

Román Y para lo demás.

María ¿Queréis acabar?

Román Ya falta poco. A los veintidós años, era amante del pintor Héctor Frecci.

Dan. Un chico muy guapo. ¿Le conoce usted?

Román Y un artistazo que no tiene más defecto que saber que lo es... porque se lo hemos dicho demasiado.

Tomás A los veinticinco años mujer de un viejo Barón ruso, ex-gran chambelán, hoy propietario de uno de los más bellos palacios en Florencia. Ya está hecha la presentación.

Dan. Falta un detalle. Desde que se ha casado ha antepuesto un María al Carlota, para honrar el título... (A María.) Se llama María Carlota de Krubelich. Y se dice que ha reanudado sus relaciones con tu queridísimo amigo Frecci.

María ¿Y a mí qué me importa? El Barón me ha pedido con toda finura, casi diría con humildad, que reciba en mi casa a su mujer: no tengo por qué hacerle un desaire, porque es un buen amigo y le recibiré aunque os parezca mal. ¡Se acabó!

Dan. (A Adolfo.) ¿Está usted oyendo? Me parecería muy oportuno que tomase usted cartas en el asunto, oponiéndose terminantemente.

Adol. (Con timidez, a María.) De ser verdad todo lo

que acaban de referir estos muchachos, yo creo que a poder excusarte...

María Vuelvo a decir que el Barón es muy amigo mío, y no quiero hacerle un desaire.

Tomás Es un buen amigo, pero es un imbécil.

María ¡Yo recibo en mi casa a quien me parece y a quien me agrada!

Tomás Imbécil y dos veces imbécil. En primer lugar, nadie se casa con una Mignon, pero si se hace semejante disparate, debe uno encerrarse en su casa y no tener la desfachatez de presentar a la señora en casa de una mujer de bien.

Dan. Y menos aún de una señorita.

María ¡Una señorita! ¿Y quién os dice que yo soy una señorita?... ¡Yo soy Mario, Mario y Mario!... Y vosotros sois unos celosos. (Protestas de los tres.) Sí, unos pretendientes calabazeados. (Nuevas protestas.) Unos enamorados enfurecidos. (Más protestas.) Primero os despepitásteis por la bailarina, después por la modelo que se desnudaba en los estudios y ahora por la Baronesa... ¡Y como no habéis conseguido que os haga el menor caso ni antes ni ahora, le tenéis rencor al Barón por haberse casado con ella, y a Frecci, por haberla conquistado, y a ella porque quiere pasar por persona decente!... Claro, para tener buena fama, era preciso que os hubiese elegido a vosotros... precisamente a uno de vosotros... Entonces no habría nada que decir, nada que murmurar... y os pasaríais la vida contándome sus alabanzas, y sería un encanto y una mujer honrada, digna de respeto, de admiración, de devoción... (Cambiando de tono con sencillez e indignación.) En resumen, que no sois hombres... ¡Sois mujerzuelas, mujerzuelas y mujerzuelas!

(Protestas. La más violenta es la de Tomás.)

Tomás ¡Marimacho!... ¡Marimacho!... ¡Marimacho!... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

En la misma habitación. A las cinco de la tarde. MARÍA aparece colocando flores en búcaros y dando vida y gracia femenina a la estancia. TOMÁS TORELLI está sentado y en la actitud del que nada tiene que hacer.

—

Tomás Mario ..

María (Sin volverse.) ¿Eh?...

Tomás ¿Quieres un fonógrafo?

María ¿Para qué?

Tomás (Con cachaza.) Un amigo mío tiene uno muy bueno, con discos de todos los himnos nacionales.

María Bueno, ¿y qué?

Tomás Que si quieres voy a pedírselo prestado, y cuando entre el Barón y la Baronesa, los recibes al son del himno ruso...

María (Riendo.) Vete a paseo.

Tomás Luego tocas nuestra marcha real.

María Sí, y después el himno a Trípoli. ¡Qué estúpido eres!

Tomás ¿Por qué los recibes aquí y no en el salón?

María Aquí estamos más recogidos.

Tomás Al subir por la escalera me he encontrado un chico, que traía los sandwichs para el té. Me he comido uno.

María Has hecho bien.

Tomás Entonces te diré que me he comido dos. Son exquisitos. Siento no quedarme para comer el tercero.

María Si no tienes otra cosa que hacer, quédate.

Tomás ¿No estorbo? Verdad es que si estorbo puedes decírmelo... Si vienen a las cinco poco falta... Estoy por quedarme. Yo también conozco al Barón.

María Ya me lo habéis dicho tú y él.

Tomás ¡Cuánto debe Florencia a ese buen señor! Todas las miniaturas falsificadas, todas las telas roñosas, todos los primitivos apócritos, los compra él. Para dejarse estafar, no tiene precio. Todos los anticuarios le conocen... y le timan. ¡El ruso! ¡El ruso! Después de todo ¿qué mal hay en ello? Los extranjeros han saqueado Italia, justo es que Italia saquee a los extranjeros... A la Baronesa solo la conozco de vista. ¡Buena mujer! ¡Buen cuerpo! De vista y de lejos... Cuando era modelo, mi hermano me decía... (Se calla por discreción.) Pero yo no pinto más que marinas. Pregúntale a Frecci, que la conoce *intus et in cute.*

María (Que ha terminado de arreglar la habitación.) Ya está. (Se sienta, pero lejos de Tomás,)

Tomás ¿No te vas a vestir?

María Me parece que estoy vestida.

Tomás ¡Ah! ¿Vas a recibirla así?

María ¿Así? ¿Por qué? ¿Estoy mal?

Tomás ¡Podías estar peor!...

María Pero ¿qué novedades son estas? ¿Me voy a poner de gala para la Baronesa? Con este traje me habéis visto lo menos una docena de veces y siempre me habéis dicho que es muy bonito.

Tomás Si, es un traje muy lindo en su clase... pero no me parece apropósito. Para nosotros, tus amigos de diario, está bien; para tus amigos varones, está casi demasiado bien; pero cuando se trata de luchar con señoras, especialmente con señoras que no saben hacer más que desnudarse y vestirse (especialmente desnudarse) es preciso recurrir a otras armas. Esto es lo que no quieres entender. Hombre entre hombres .. pase, pero entre mujeres ¡mujer y muy mujer!

María ¡Qué tonto eres! ¿Te figuras que pienso luchar con ella, que me propongo quitarle el marido?

Tomás ¿El marido?...

María O el amante... Yo no quiero quitarle nada a nadie. ¡Pobre mujer! De veras me da lástima. Ella y todas las de su clase. ¡Desdichadas! Todo el día delante del espejo o en casa de la manicura, o del modisto, o de la sombrerera. Trampas, si no tienen dinero, derroche si son ricas. Llantos a la primera cana, desesperaciones a la primera arruga, convulsiones al primer diente que se pone amarillo. ¡Pobres mujeres! ¡Pobres mujeres! ¡Desgracia grande, nacer mujer!

Tomás ¿Has pensado siempre así?

María ¿Yo? ¡Siempre! Desde que tengo uso de razón. Dime, ¿tú crees que son verdaderamente mujeres todas las mujeres? ¡No! Por lo general, no hay más mujeres que las mujeres que han nacido ricas, o las que hacen de mujer... por oficio ¿Pero las demás?... Piensa en mí. De los quince a los veinte años, en la edad, acaso, en que una mujer es más mujer, he dado lecciones de alemán y de inglés a los italianos; lecciones de italiano a los alemanes y a los ingleses. Para eso lo mismo daba ser hombre que mujer. Mis discípulos lo mismo me iban a pagar sus tres liras por lección y lo mismo iban a aprender o a no aprender. Mi oficio me ha masculinizado. Si algún caprichoso o atrevido, intentaba hacerme comprender que pertenecía a un sexo distinto del mío, con una palabra o con una mirada, le volvía a su puesto. Y lo mismo que era yo entonces hay millares y millares de muchachas; todas las que se ganan la vida, corriendo por esas calles de Dios sin mancharse de barro; todas las que se quitan el sombrero en las oficinas, pero no se levantan la falda. También mi primo ayer...

Tomás Apropósito, ¿sabes que tu primo por fin no se marchó? Daniel se propuso que perdiese el tren y lo consiguió. Esta noche ha venido con nosotros de juerga. Le hemos enseñado... la ciudad a la luz de la luna... Es graciosísimo. Se divierte, y le da vergüenza divertirse. (Se levanta y mira por la ventana.) Ya es-

tán aquí los rusos. ¡Magnífico automóvil! Vienen de toda gala. El de chaquet y ella hecha una reina. Será lo que quiera, pero es una mujer de una vez.

María (Levantándose.) A ver, a ver... (Se asoma a la ventana y después dice indecisa.) Quizá sea mejor... (Decidiéndose de pronto.) ¡Sí! Recíbelos tú, y entretenlos mientras...

Tomás ¿Dónde vas?

María Dices que estoy tan mal... Me cambio de traje... Discúlpame con ellos. (Vase corriendo.)

Tomás (Gritando tras ella.) Les diré que tienes visita... que está aquí tu primo... el de Treviso.

María (Desde dentro, lejos.) Sí, sí...

Tomás ¡El Barón! ¡Qué imbécil!... ¡Pero cómo le comprendo! ¡Y cómo le envidio! (Se sonríe haciendo un gesto de que comprende y disculpa la coquetería repentina de María, y después, frotándose las manos de gusto, se dirige hacia la puerta de la izquierda y antes de salir se arregla un poco el traje y la corbata La escena queda sola un breve instaute.)

Barón (Dentro.) Muy buenas tardes, señor Torelli.

Tomás (Haciendo pasar al BARÓN y a la BARONESA.) María me ha rogado que les pida a ustedes perdón en su nombre. Tardará muy poco, está hablando de negocios con su primo el de Treviso. Si quiere usted hacerme el honor de presentarme a la señora Baronesa.

Barón (Presentando.) Mi joven amigo el pintor señor Torelli, muy competente en antigüedades, (Sonriendo.) y quizá por lo mismo muy amigo mío.

Tomás (Se inclina sonriendo.) No solo por eso.

Bar.ª Torelli... En otros tiempos conocí yo a un Torelli... y se parecía a usted.

Tomás Sí, señora; mi hermano mayor.

Bar.ª ¡Ah! ¿Le ha dicho él a usted que me conoce? Marcos Torelli, médico y cirujano, eso decían sus tarjetas; pero era médico sin clientes, porque en mis tiempos no ejercía. ¿Qué hace ahora su hermano de usted?

Tomás Ahora ejerce.

Bar.ª ¡Malo!

Tomás Y se ha casado.

Bar.ª ¡Peor! También él ha renunciado al mundo. Era un admirador mío... Y muy simpático.

Tomás ¡Es hermano mío!

Bar.ª Pero siéntese uste. (Los hombres se sientan.)

Barón Este amigo ha visto la tablilla que he comprado.

Bar.ª ¡Ah! ¿Y qué le parece?

Barón Dice que me han engañado. No es del cuatrocientos, sino del novecientos y tantos. Me he dejado estafar, (Sonríe.) y este señor Torelli, en vez de hablar mal de Florencia que me ha estafado, habla mal de los rusos, diciendo que no entienden. (Nueva sonrisa.) ¡Así es la justicia del mundo!

Tomás Así precisamente y en todo. ¿Que una mujer engaña a su marido? Pues el imbécil es el marido.

Barón (Sonriendo,) Un poco fuerte, pero también es verdad... Yo adoro las cosas antiguas, ¡bellísimas! Pero es preciso para poseerlas. dar de comer a los anticuarios, ¡detestables! Los odio. Son peores que los diplomáticos. Dicen blanco, pues es negro. Dicen negro, pues es blanco.

Bar.ª Tú eres quien tiene la culpa. Ellos hacen su oficio.

Barón No, no. Los italianos sois un gran pueblo, pero teneis dos defectos. Teneis anticuarios y no viajais.

Bar.ª ¡Te lo he oído decir tantas veces!

Barón (Reposado.) Pero al señor Torelli no se lo había dicho todavía. Ustedes no conocen Inglaterra, no conocen Alemania, no conocen siquiera Italia. Conocen ustedes hoteles de Suiza y cabarets de París, ¡nada más! Yo había estado ya tres veces en Italia con mi primera mujer y esta segunda dice: «Yo no quiero moverme de Italia». Bueno, quedemos en Italia; yo conozco Italia. Usted no hubiera dicho esto a su esposa. Ustedes no vienen nunca a Rusia.

Tomás (Mirando a la Baronesa.) ¡Se está tan divinamente en Italia!

Barón Comprendo. Italia es como una mujer hermosa, y a una mujer hermosa no se la deja más que por otra mujer hermosa; pero es que Rusia es otra mujer hermosa, de otro tipo.

Tomás Sí, pero para ir a buscarla hay que hacer un viaje demasiado largo. Para un italiano, Rusia está muy lejos.

Barón Lo mismo que Italia para un ruso. Repito que ustedes no viajan y por eso encuentran ridículas muchas cosas que no lo son. Por ejemplo: usted me encuentra ridículo a mí.

Tomás (Protestando amablemente.) ¿Yo? ¡No, de ningún modo!

Barón Sí, sí, usted dice: «Este viejo con esposa joven». Usted encuentra ridículo a un viejo que sea galante con las damas. Nosotros, los rusos, encontramos que son mucho peor los jóvenes italianos, groseros con las damas. ¿Por qué es ridículo un viejo galante o enamorado? La vejez no está en el cabello. Hay muchos que se quedan con el cabello blanco, y conservan el corazón joven. En todo caso, no soy para reirse de mí, sino para llorar por mí. (Vuelve a sonreir.) Piense usted, mi joven señor Torelli, lo tremendo del paso de una edad a otra. (A Carlota.) Tú no escuches. (A Tomás.) Cuando aún le gustan a uno las mujeres y todas las querría pensando: Todavía tengo un poco de apetito, pero dentro de poco ya no podré comer. ¡Terrible! ¡Terrible! Pero no ridículo. Cuando le llegue el turno, no se reirá usted, o se reirá de mala gana. (Se vuelve.) ¡Oh, aquí está la señora de la casa! (Se levanta y sale al encuentro de María. Le besa la mano y presenta.) Mi mujer.... mi gentil amiguita.

(Las dos mujeres se saludan muy fríamente sin apenas tocarse las manos.)

Bar.ª María Mucho gusto...

María Lo mismo digo... baronesa. (Invitados por María todos se sientan.) ¿Qué día tan hermoso, verdad?...

Bar.ª Hermosísimo. (Silencio.)

María Más hermoso que ayer... Ayer por la tarde llovió.

Bar.ª Pero no ha refrescado... Cuatro gotas... y luego... (Nueva pausa.)

Barón ¿No se ha fijado usted, querido señor Torelli? Siempre que dos personas se encuentran

por primera vez frente a frente, se estudian mutuamente como dos fieras enemigas. ¡Sobre todo si son señoras y señoras bonitas!

María ¿Va eso por nosotras?

Barón Justamente. Dejen ustedes en paz al tiempo. Llueve, no llueve, eso lo ve todo el mundo. No hay que hablar de ello. (A la Baronesa.) Tú conocías ya a esta señorita, ¿verdad? La has encontrado por la calle con sus amigos. (A María.) Y usted también conocía a mi mujer. ¡Es tan difícil no verse y no conocerse en Florencia! (A Tomás, indicando antes a María y después a la Baronesa.) A ella porque parece un niño con melena; a ella porque la ven siempre conmigo y siempre que la ven dicen: Ahí va esa hermosa dama con su padre.

Bar.ª Dí más bien que nos conocen porque llevamos ya muchos años viviendo aquí. Usted es florentina, ¿verdad?

María Sí; soy florentina. Nunca he salido de Florencia.

Bar.ª No se le conoce a usted en el acento.

María Tampoco a usted.

Bar.ª Es que yo sí he salido de Florencia. Cuando era bailarina. He estudiado en Milán, en la la academia de baile de la Scala.

Barón (Sonriendo.) Como si dijéramos doctora de la Universidad de Bolonia.

Tomás (Admirándola.) ¿Y ya no baila usted? ¿Ni siquiera a beneficio de los pobres?

Bar.ª Ni siquiera para mi marido. Mi arte es de aquellos que no se pueden seguir ejerciendo cuando una se retira.

Tomás Es una verdadera lástima no poder admirarla... Mi hermano me decía...

María Terelli, toque usted... haga el favor.

Tomás ¡Si yo no sé tocar!

María El timbre digo, para que nos sirvan. Dos veces. (Tomás se levanta y oprime el llamador del timbre.)

Bar.ª Tiene usted un piso muy lindo. ¿Lleva muchos años viviendo en él?

María No, Baronesa, no he podido permitirme estos lujos hasta que se ha muerto mi tía.

Bar.ª Lo mismo que yo...

Barón No, lo mismo, no. Yo aún no he muerto.

Bar.ª Quiero decir que yo también he sido pobre antes. Claro que ella no ha sido bailarina.
(LUCIA y UN CRIADO, entran por la derecha trayendo un servicio de té completo que dejan sobre las mesitas.)

María (A Tomás que sigue embelesado mirando a la Baronesa.) Torelli, tenga usted la bondad de ayudarme a servir. (En cuanto Tomás se acerca a ella le dice aparte e imperativamente.) Sirve el té a la Baronesa y vete.

Tomás ¿Y eso? ¿Estorbo?

María Estorbas y haces el tonto con esa admiración idiota. ¡Ni que fuera la primera mujer que ves en tu vida! Te marchas ahora mismo, ¿entiendes?

Tomás (Mortificado.) Entiendo. (Lleva una taza de té a la Baronesa.) Ha sido un verdadero honor para mí, conocerla, señora... (Hace una reverencia.)

Bar.ª ¿Qué? ¿Se va usted?

Tomás Tengo que hacer... Me veo obligado.

Barón ¿En Florencia, donde nunca hay nada que hacer? ¡Es raro!

Bar.ª Vaya usted a vernos. Nos quedamos en casa casi todas las noches. Nuestro jardín es muy fresco y hay alguna que otra serenata. (Tomás se apresura a aceptar diciendo que sí con el gesto.) Encontrará usted colegas. A Vannini, el profesor de la academia, el pintor Frecci.

Tomás Muchas gracias, iré. Ahora me marcho. Buenas tardes, Barón.

Barón Buenas tardes.

María (Que ha servido el té al Barón.) Pero, ¿no va usted a tomar una taza de té?

Tomás (Perplejo.) La verdad... no sé...

María Ah, sí, ahora recuerdo que no le gusta a usted.

Tomás (Con cómica resignación.) No, no me gusta... Buenas tardes. (Saluda y vase.)

María (Se sirve el té.) No he insistido que se quedara, porque no sabía si era conveniente hablar del cuadro de Frecci en su presencia, (A la Baronesa.) Le estoy muy agradecida por su condescendencia. Sé que tenía usted cierto empeño en quedarse...

Bar.ª (Franca y decidida.) Es verdad.

María Yo también. Quería comprarlo en menos de seis mil, y por eso mis negociaciones con Frecci fueron largas. Pero se mostró irreductible, y justamente anoche cerré el trato aviniéndome a pagar el precio del catálogo.

Bar.ª Yo no le he vuelto a ver. Por lo visto le ha disgustado que tratásemos de comprarle un cuadro. Me parece un poco extravagante, ¿no?

María Sí, realmente...

Bar.ª ¿Usted le ha visto?

María Anoche, sí, señora.

Bar.ª ¿Le dijo usted que esta tarde vendríamos aquí?

María Sí, se lo dije.

Héctor (Entrando.) Buenas tardes... María... Baronesa... Barón... (Saluda a todos.)

María (De mal humor.) Buenas tardes.

Bar.ª ¿Estaba usted detrás de la puerta? Me alegraría porque estaba hablando mal de usted. ¿Cómo no ha parecido usted por casa a darnos siquiera una disculpa?

Héctor A eso precisamente he venido; a disculparme y a pagar la deuda que tengo con ustedes y que como las del juego debe ser satisfecha dentro de las veinticuatro horas. (Saca de la cartera unos billetes que entrega al Barón.) Aquí tiene usted las seis mil liras, las mismas que entregó usted ayer en la secretaría de la Exposición. Muchísimas gracias y mil perdones.

Barón Como ya las tenía gastadas no son dinero mío. (A la Baronesa.) Son tuyas. Puedes disponer de ellas como gustes.

Bar.ª Guárdamelas. Servirán para comprar el primer cuadro que el amigo Frecci ponga a la venta. Espero llegar otra vez más a tiempo, y espero también que el precio no subá demasiado. La verdad es que los artistas se hacen ustedes pagar muy caro. Hoy día cuesta más un cuadro que una sortija.

Héctor Según el cuadro y según la sortija. La que lleva usted en ese dedo, por ejemplo, vale más que un cuadro mío.

Bar.ª ¡Ah! ¿le gusta a usted?

(Tiende la mano para que Héctor la vea. Es una ma-

nera como otra cualquiera para sentirse acariciada por él.)

Barón Perteneció a mi primera esposa, que en paz descanse. Ayer le di también esto. Ahora ya posee todo lo que fué de mi primera esposa. ¡La vida no es más que un incesante despojo de cadáveres!

Bar.ª ¿Por qué me la has dado si te disgustaba?

Barón (Con sencillez.) Porque me la has pedido, porque entre un muerto que dice «No des» y un vivo que dice «Dame» siempre vence el vivo. Ofrecí un collar, no le quiso; ofrecí otra sortija, no la quiso. Quiso esa. La cogió.

María (A Héctor.) ¿Té? ¿Un emparedado?... ¿Unas pastas?

Héctor No, gracias.

María ¿Ha encontrado usted a Torelli? Acaba de marcharse.

Héctor No le he visto.

María ¿Ha sustituído usted con mi nombre el de el Barón en la tarjeta de adquisición?

Héctor Lo he dicho en la Secretaría. En el cuadro no hace falta... como no tenga usted empeño en ello. El cartelito dice «Adquirido por don N. N.» Así puede quedarse. Con eso no padecerá su fama de competente en arte con la adquisición de un cuadro mediocre.

María Y se ríe usted. No está la cara de acuerdo con las palabras. ¡Es usted un hipócrita!

Héctor No; lo digo en serio. ¿Quiere usted comparar mi cuadro con la Virgen de Morelli que tiene en su gabinete, con los dos Palizzi, con aquél Tito?... (Con más calor, pues ha encontrado el medio de quedarse solo con la Baronesa.) Barón ¿no ha visto usted las joyas de arte que tiene nuestra amiga? Lo siento.

Barón No sabía.. Las vería con gusto...

María (Rápida) Pues tenga usted la bondad de hacer los honores de la casa, Héctor. Enseñe usted también al Barón la tablita del altar. No creo que la Baronesa se interese por esas cosas y al mismo tiempo no me atrevo a enseñarle mi casa. Con usted tengo más confianza. No tengo ni telas ni joyas, nada que pueda gustarle a una señora elegante.

Haga usted de cicerone, Héctor. Mejor papel hará usted dentro que aquí.

Barón Muchas gracias.

(Se dirige hacia la puerta. Héctor le sigue. Corta pausa. Las dos mujeres se observan con actitud un tanto hostil.)

Bar.ª Ya estamos solas. Las dos fieras enemigas... como llama el barón a las mujeres que se encuentran por primera vaz. Este sería por lo tanto el momento indicado para lanzarnos una sobre otra. Pero ya verá como no nos destrozamos.

María ¡Oh! Así lo espero.

Bar.ª Aun cuando usted tiene grandes deseos...

María ¿Yo? (Ríe.)

Bar.ª ¡Bravo! Ríase usted... Lo he dicho en broma y para hacerla a usted reir... Pero me mira usted de un modo...

María ¿Sí? No me doy cuenta. La admiro a usted. (Con ligera ironía.) Verdad es que debe usted estar tan acostumbrada a que la admiren...

Bar.ª Es usted demasiado amable... ¿Sabe usted que tenía grandísima curiosidad por conocerla?

María Lo comprendo. Paso por un bicho raro.

Bar.ª Para algunos puede; pero para mí no. Tenía curiosidad por lo que me había dicho de usted mi marido.

María ¿Y qué le había dicho a usted?

Bar.ª Muchas cosas. Muchísimas. De la originalidad de usted, de su gran talento... Mi marido es un gran admirador de usted.

María Es un buen amigo.

Bar.ª ¡Ya lo creo! Y no sólo él. También otras personas me han hablado de usted, y también con elogio. Usted y yo... tenemos amigos comunes, aficiones comunes, tendencias comunes.

María Tendencias... No sé...

Bar.ª Sí. También usted compra cuadros y le gustan precisamente los que me gustan a mí; porque a mí no sólo me gustan los trapos y las joyas... A usted también le gustan los artistas y le complace tener a su lado hombres.

María Sí... exteriormente, sí; me gusta tener hombres al lado, y vivir como ellos, porque viven de un modo más sencillo, más sincero que nosotras; pero por si usted quisiera dar a su frase otra intención que creo adivinar, le advierto que mi actitud para con los hombres, es la que me parece más propia y eficaz para tenerlos lejos.

Bar.ª ¿Y por qué quiere usted tenerlos lejos en el sentido que usted dice y al que yo no aludía? ¿Les tiene usted miedo? Créame usted, los jóvenes cuando más, son ingratos, los viejos cuando más aborrecibles, pero ¿miedo? No. Yo he vivido... he vivido mucho no tengo para qué ocultárselo a usted que lo sabe. Crea usted en mi experiencia. En los hombres no hay que poner fe, pero no se les debe temer tampoco. Me atrevo a hablarle a usted tan francamente, porque al través de nuestros amigos comunes me parece conocerla desde hace mucho tiempo. Frecci, por ejemplo me ha hablado tantas veces de usted. ¡Quién sabe cuántas la habrá hablado a usted de mí!... (Se calla esperando una respuesta.)

María (Con desabrimiento.) No.

Bar.ª ¿No?

María No.

Bar.ª ¿Tampoco usted le ha hablado a él de mí?

María Tampoco.

Bar.ª Es raro.

María Sin embargo... es verdad.

Bar.ª Basta que usted lo diga... Comprendo... como usted no me conocía...

María Eso es, y tampoco tenía interés...

Bar.ª Así y todo, «los amigos de nuestros amigos...» y más cuando los amigos son las amigas.

María Hemos hablado de usted ayer por vez primera, con motivo del cuadro.

Bar.ª ¡Que no estaba vendido!...

María ¿Qué dice usted?

Bar.ª Digo que ayer, cuando yo le compré no estaba vendido todavía. El Barón cree la historia de la coincidencia de los dos compradores, ¡yo, no!... Figúrese usted que el día

antes precisamente, Frecci se lamentaba conmigo de que su lienzo «Muchachas bañándose» en el que había trabajado con tanto entusiasmo y que le parecía su mejor obra, no le quisiera nadie. Es evidente, por lo tanto, que eso de las negociaciones largas, ha sido una amable invención. El Barón se la cree. Yo que sé la verdad no la puedo creer (María se ha encerrado en obstinado silencio.) ¿Me oye usted?

María Sí, señora.

Bar.ª Cuando Frecci se enteró de que yo era la compradora y solamente entonces, sabe Dios por qué, empezó a buscar alguien que le secundase en su ardid; buscó el compadre como se dice, y usted por complacerle se ha prestado amablemente a desempeñar este papel. ¿Está usted?

María ¿No he de estar?

Bar.ª Todo esto y lo que voy a decirle debía habérselo dicho al mismo Frecci, pero ha tenido a bien no dejarse ver en mi casa. Puede usted contárselo... ¡Y pensar que yo me había figurado que me estaría muy agradecido... por el deseo de tener algo suyo!

María Pagándole.

Bar.ª Naturalmente. Los cuadros los pinta para venderlos... creo.

María Para venderlos... pero a los demás. Vendiéndoselos a usted y a su marido se deshonra. Por lo cual me permito aconsejarle que en lo sucesivo renuncie a todo propósito de adquirir cuadros suyos. Si usted quiere, le indicaré yo misma otros artistas dignos de su protección.

Bar.ª ¿Por qué se deshonra?

María Usted lo sabe mejor que yo. La maledicencia... La sospecha y la calumnia están siempre en acecho aunque no haya fundamento para ello. ¡Y entre artistas! La mayoría de la gente se inclina a creer lo malo hasta cuando no existe. ¡Figúrese existiendo realmente!

Bar.ª Entonces ¿yo no soy dueña de comprar un cuadro que me guste?

María Sí; pero no es usted dueña de comprar un

cuadro, porque le gusta a usted el pintor cuando se sabe que el pintor le gusta.

Bar.ª ¿Y quién lo sabe?

María ¡Oh, nadie! ¡Toda Florencia!

Bar.ª ¡Caramba! Ya me habían advertido Frecci y mi marido que era usted mujer desenvuelta... pero no creía... No le faltan a usted sinceridad ni audacia... Podía ofenderme, pero no me ofendo. Que usted lo sepa, que lo sepa toda Florencia, como usted dice, me tiene completamente sin cuidado. Nunca he dejado de hacer mi voluntad por el decir de las gentes. ¡No faltaría más! De mí y sólo de mí me he preocupado siempre.

María (Muy serena.) Sin embargo, yo creo que no puede uno preocuparse sólo de sí mismo cuando se trata de la honra de un hombre.

Bar.ª No emplee usted palabras desagradables. Yo no he hecho más que comprar lo que se vendía y a precio de catálogo. No regalaba nada a nadie. Hacía una adquisición, un negocio.

María Y muy bueno; los cuadros de Frecci están llamados a subir mucho de precio...

Bar.ª Me gusta ese entusiasmo. ¿Tanta confianza tiene usted en su porvenir?

María ¡Muchísima! Sí, hubiera hecho usted un buen negocio. El le hubiera hecho y malo. Yo también me permito hablarle con franqueza, como si la conociera desde hace mucho tiempo. Es usted hermosa, admirada; hoy tiene usted un gran nombre. El no tiene más que su arte. Si le quiere usted bien, pero bien de verdad, ¿por qué no le deja?

Bar.ª Otra vez podría ofenderme y no me ofendo; pero en vez de responder, pregunto, y continúe usted siendo sincera. ¿A quién se le tengo que dejar?

María ¿A quién? Muy sencillo; a su trabajo.

Bar.ª ¡Ah! ¿Usted se llama su trabajo? Me la habían presentado a usted con otro nombre.

María Señora... la estocada es fuerte, pero no atraviesa el escudo... Ha querido usted tomar venganza de las mías. Lo que acaba usted de decirme me deja tan serena, porque no me atañe. ¡Es claro! Cada cual entiende so-

lamente lo que tiene cabida en el cerco de sus intereses y de sus sentimientos. Entre los sentimientos de usted no figura, probablemente, la amistad y por eso no sabe comprender que se pueda ser amigos y nada más que amigos.

Bar.ª Amigos, ¿quienes? ¿Frecci y usted? Frecci de usted, sí, porque él tiene una amante. Usted de Frecci... sí... puede serlo en el caso de que tuviese usted un amante; no sé si le tiene usted. Se puede ser lo menos, digámoslo así, cuando en otra parte y con otra persona se es lo más. Desconfío de la amistad entre hombres y desconfío de la amistad entre mujeres. ¡Figúrese usted si he de creer posible la amistad entre un hombre y una mujer! ¡Un hombre joven y una mujer joven! No, queridísima. Usted guarda en el corazón una pasión no correspondida. Procure usted distraerse, curarse, viaje usted, dedíquese a conocer un poco de mundo, ya que nunca ha salido de Florencia, y le sentará muy bien.

Barón (Entrando con Héctor.) Muy interesante, muy bonito. La verdad es que tiene usted un pequeño museo. Todo chiquito, pero gracioso, como la dueña de la casa. (La Baronesa se ha levantado.) Si quieres que nos marchemos estoy a tu disposición. (A María.) No se pare usted en etiquetas ni cumplidos. Vendrá ella, vendré yo, irá usted. Nada de ceremonias. (Saluda a Héctor con una inclinación de cabeza.) Hasta la vista.

Héctor Me voy también.

María No, Héctor, haga el favor. Necesito hablar con usted.

Bar.ª (Tiende la mano a María y saluda levemente con la cabeza.) Señorita...

María (Rozando la punta de sus dedos.) Baronesa...

Bar.ª Hasta muy pronto, Frecci; no se venda tan caro.

Héctor Estoy siempre tan atareado...

Bar.ª De día, sí, pero por la noche... Ustedes los pintores son como los murciélagos, no se les ve más que por la noche... cuando se les ve.

Barón Hoy el murciélago ha salido con sol. Com-

prendo excepción, no regla. Buenas tardes. (María ha llamado al timbre. El Barón le envía un beso con la mano con gran galantería. Aparece la Criada y vanse el Barón y la Baronesa.)

Héctor Voy a fumar un cigarrillo, ¿te molesta? ¡Qué bien se está en esta butaca! Antes no estaba aquí.

María Ayer sí.

Héctor Ayer no estaba yo para fijarme en la butaca.

María Hoy tampoco. Quiero preguntarte por qué motivo has venido hoy; justamente a la hora en que sabías que iban a venir... los rusos. Yo no te había convidado.

Héctor (Sorprendido.) ¿Me hace falta invitación para venir a tu casa? (Riendo.) ¿Desde cuándo?

María Hoy por lo menos, sí.

Héctor (Amigablemente.) Fíjate en que si no me dijiste ven, tampoco me dijiste no vengas. Te pregunté si te parecía oportuno que le devolviese el dinero al Barón en tu presencia y me contestaste: Haz lo que te parezca. Y a mí me ha parecido correcto que presenciaras la liquidación.

María Decirte: Haz lo que te parezca era una manera como otra cualquiera de decirte: A mí no me parece oportuno.

Héctor Pues a mí no se me ha pasado por la imaginación interpretar en ese sentido tus palabras. ¡Te explicas tan claro cuando quieres!... Es más, ahora recuerdo que me dijiste: Me parece mejor que vengas; es más sencillo.

María (Complaciente.) Puede... (De pronto casi echándose sobre Héctor.) Te morías de deseo de verme a su lado para enterarte de cómo la acogía, de qué impresión me causaba. Pues es encantadora, seductora... ¿estás satisfecho? Pero esto no quita para que todo ello resulte poco noble para ti y para mí también. Que engañes al infeliz del Barón es cosa que te atañe a ti solo, a tu conciencia; pero que yo en cierto modo resulte cómplice de ese engaño... me repugna... Sí, es cierto; ayer no te dije nada. Hay cosas que es preciso verlas para que nos causen pena. Por lo

cual te suplico que no vengas por aquí cuando él esté.

Héctor Dispensa. No he querido molestarte. Por otra parte me parece que exageras. Eres muy recta, muy leal; todo engaño te ofende... ¡Pero el mundo está lleno de engaños!

María ¡El mundo es repugnante!... ¿Desde cuándo la quieres? Di, ¿desde cuándo es tu amante?

Héctor Desde hace años. Nos hemos querido, nos hemos dejado. Siempre nos hemos querido con voluntad de dejarnos y nos hemos dejado con propósito de querernos después. Nos hemos amado siempre, quizá, o por lo menos nos hemos deseado siempre, pero no nos hemos entendido nunca... Nunca estamos de acuerdo. ¡Mira de qué cosas me haces hablar!

María No te apures. Yo soy un hombre. ¿Conque nunca de acuerdo?

Héctor Lo que ella quiere es tenerme cogido, sobre todo eso. No le importa rebajarme; no se daba siquiera cuenta de ello. Compraba un cuadro mío, con eso a su manera me daba una prueba de amor... No hay que pedirle exquisiteces ni sutilezas. A su modo me quiere, no cabe duda. Conmigo ha sido siempre completamente desinteresada. Cuando empezamos era yo un pintorzuelo principiante y ella una bailarina de última fila. Yo vivía en una portería y ella en un sotabanco, y ni ella ni yo teníamos un pedazo de pan..

María No hagas historia romántica. Nadie te lo exige.

Héctor Respondo a tus preguntas.

María ¡Ay, hombres, hombres!.. Hasta los que parecen más fuertes... ¿Sabes por qué te gusta? Porque va bien vestida y porque es Baronesa.

Héctor No. Acabo de decirte que vivíamos juntos siendo ella una chiquilla harapienta.

María Es que entonces también tú eras un harapiento. ¿Por qué no te casaste con ella?

Héctor ¿Por qué? Porque no; porque era bailarina.

María No, no... porque sabías que acabaría por tener amantes. No seas vanidoso tú también... ¿Ves?... Esos tipos son los que me hacen odiar a las mujeres.

Héctor Eres injusta. En este caso especial eres injusta. (Corta pausa.)

María (Afectuosa.) ¿Quieres una flor? ¿No la quieres? ¿Tienes miedo de que la reconozca?

Héctor No llevo flores nunca en el ojal.

María (Rompe la flor y la tira.) ¿De modo que a ella la has conocido antes de conocerme a mí? Y nunca me has hablado de ella. Por lo visto en el fondo de cada uno de nosotros hay un rinconcito en la sombra desconocido hasta para los amigos más fieles y más íntimos. (Se torna alegre de nuevo.) Porque tú y yo puede decirse que somos amigos viejos. Desde aquella junta tormentosa del Círculo Artístico.

Héctor Me acuerdo. Nuestra amistad empezó con una disputa.

María Dicen que es el mejor modo de empezar.

Héctor Tú sostenías que las mujeres tenían derecho a formar parte de la Junta directiva y yo no quería de ningún modo.

María Y no tenías razón.

Héctor Sí la tenía. Tú enarbolabas la bandera del feminismo. Erais tres mujeres y las otras dos eran a cual más feas.

María ¿Y yo? ¿Cómo era yo?

Héctor Lo mismo que ahora. Ni fea ni bonita, simpática.

María (Da vueltas por la escena muy nerviosa y se para de pronto para decir.) Esta noche no ceno en casa. No se me ha ocurrido decírselo a los demás. Iré a buscarlos al bar. Si no los encuentro, cenaré sola. (Héctor indiferente, no dice ni que sí ni que no.) No será la primera vez. Como no me acompañes tú...

Héctor Tengo un compromiso.

María ¿No puedes dejarle?

Héctor Es demasiado tarde.

María ¿Vas a casa de la Baronesa?

Héctor No. (Con sencillez.) No tengo motivo para ir, ni pretexto.

María Ya te escribirá ella, o querrá verte mañana.

Tiene que decirte una cosa muy interesante.

Héctor ¿Cómo lo sabes tú?

María Cuando nos dejastéis solas, hemos hablado de ti.

Héctor ¿Y qué te ha dicho?

María Ya lo sabrás por ella.

Héctor Dímelo tú ahora.

María Mañana la verás.

Héctor ¿Sabes si volvía a su casa directamente? (María se encoge de hombros.) Tal vez el Barón la haya dejado al salir de aquí. Voy a ver si la encuentro. (Se dirige hacia la puerta.)

María Oye, se dan las buenas tardes.

Héctor Dispensa, buenas tardes.

(Vase Héctor. Una pausa. María permanece pensativa, después toca el timbre.)

Lucía ¿Qué manda la señorita?

María Quita todo esto. (Indica la mesita del té. Lucía entra y sale según las exigencias del servicio. María toma un libro, le deja y pasea por la habitación con desasosiego.) ¿Se ha marchado Pepe?

Lucía Sí, señorita. Hace un rato.

María No estoy en cosa para nadie, ¿sabes?

Lucía Bien, señorita. (Luego, con timidez) Cuando termine mis quehaceres, ¿me puedo marchar?

María (Con desabrimiento.) ¿Dónde? (Más amable.) ¿A dónde quieres ir?

Lucía Como la señorita me había dicho...

María ¿Qué te había dicho?... No recuerdo.

Lucía Que esta noche no cenaba en casa.

María Pues sí ceno. (Lucía se calla.) ¿Después de todo a ti qué te importa que salga o me quede?

Lucía La señorita no recuerda... La señorita me había dado permiso para salir esta noche.

María ¡Ah, sí! Es verdad. Saldrás otra. ¿No te da lo mismo? (Lucía se calla.) ¿Te da lo mismo o no te da lo mismo?

Lucía Hoy es lunes y él tiene sólo libres los lunes...

María ¿El? ¿Quién? ¿De modo que hay un él? ¿Y quién es él?

Lucía Es... oficial de peluquero y los lunes cierran la tienda.

María ¿Amores, eh? Por lo visto, hoy día, todo el mundo está de amores. ¿Te piensas casar?

Lucía Sí, señorita, nos pensamos casar para Carnaval. Si no se lo llevan soldado.

María ¿Cuándo le has conocido?

Lucía Hará unos seis meses. Trabaja en la peluquería de ahí enfrente. Es el primer oficial.

María ¡Nada menos! (En seguida, ásperamente.) Vais a pasar miseria.

Lucía El gana bastante, ¿sabe la señorita? Sobre todo cuando hay forasteros y por Nochebuena que recoge los aguinaldos... Por eso nos casamos en Carnaval.

María ¡Qué ganga! ¿Es que no estás a gusto conmigo? Comes bien, haces lo que quieres, toda mi ropa de desecho es tuya... ¿Para qué quieres casarte? ¿Para echar al mundo chicos, estropearte y consumirte? A los veinte años representarás treinta, a los treinta estarás echa una vieja, y a los cuarenta no habrá quien te mire... Cásate, cásate. Harás el gran negocio.

Lucía ¡Estoy enamorada! El me quiere... Ya ha hablado a sus padres y están muy contentos. Mi familia también se alegra...

María ¿Y esta noche, dónde vais? A pasar la noche en cualquier fonducho, en cualquier café?

Lucía ¡No, señorita! Ibamos a cenar con su familia. Es la primera vez que me lleva a su casa.

María Entonces, vete, coge la llave...

Lucía ¡Sí, señorita!

María Pero no tardes.

Lucía Sí, señorita.

María Y mucho juicio, ¿eh?

Lucía Sí, señorita.

María Descorre las cortinas y apaga las luces. Aquí se ahoga una.

Lucía Sí, señorita. (Lucía abre de par en par el ventanal del foro. Ha ido oscureciendo gradualmente. Al ser abiertos los cristales entra un rayo de luna en la habitación.) Qué luna más hermosa.

María ¡A mí qué me importa!

Lucía Perdone la señorita. Buenas noches. (Sale humildemente de puntillas.)

María Buenas noches. Cuando vuelvas, que te oiga yo.

(María se sienta junto al ventanal invadida de dulce languidez. Lanza un suspiro. A lo lejos se deja oir melodiosamente un instrumento de cuerda. Luego, más cerca, una voz varonil entona una serenata, que puede ser la de «Pagliacci». Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Decoración: La misma habitación

(MARÍA, que aparece sentada, canturrea nerviosamente con más rabia que amor.)

Lucía (Entrando.) Señorita, el primo de la señorita. (Rectificando.) Es decir, el primo de la mamá de la señorita.

María Que pase, que pase. (Sale Lucía para volver acompañando a ADOLFO. María le saluda sin mirarle.) Buenos días.

Adol. Buenos días, María, buenos días.

María ¿Otra vez en Florencia?

Adol. Di más bien, todavía en Florencia, porque no me marché anteayer. Tus amigos, escultor y pintor, me han detenido por fuerza y yo me he quedado por debilidad, por cobardía, por sinvergüenza. Que ellos sean unos juerguistas no tiene nada de particular, pero ¿yo? ¡Un hombre de negocios!... Desde hace cuarenta y ocho horas voy perdiendo a pedazos mi seriedad, mi formalidad y mi prestigio. Yo era fuerte, rígido, y ahora soy blando como un oriental... Me proclamo indigno, eso es.

María ¿Indigno de qué?

Adol. Indigno a secas. En sentido absoluto. Ando buscando a alguien que me sacuda, que me de una paliza.

María ¡Si no es más que eso!... (Levanta la mano.)

Adol. Manos de mujer, no sirven para calmarme la sangre. Tus caros amigos me han llevado de un lado para otro. Me han hecho beber como una esponja y gastar un saco de dinero; en dos días, casi cien liras.

María ¡Ja, ja, ja! Un saco de dinero... en calderilla.

Adol. ¡Estoy descontento de mí! ¡Estoy avergonzado! Pero por vida de... ya caerá por aquí alguno de tus amigos, y les diré lo que merecen... Ya hace dos días que no han venido a verte ni Mussatti ni Boriello. Verdad es que en estos dos días apenas si nos hemos separado... Decididamente me marcho esta noche. En Trevisso me están esperando. Dejé dicho que probablemente volvería el domingo... ¡y estamos a martes! Me extraña que ya no hayan comenzado a hacer pesquisas por medio de la policía, para averiguar mi paradero. ¿No has recibido tú ningún telegrama?

María No. Pero no te preocupes. El mundo sigue andando sin ti; hasta el pequeño y sosegado mundo de Treviso. Siempre que enferma uno sufre, al mismo tiempo que la enfermedad, una de estas desilusiones. Se acuesta uno pensando: ¡Ay, Dios mío! ¿cómo se las van a arreglar sin mí? ¡Qué va a pasar si no estoy yo!... ¡Qué ruina!... Y no pasa nada... Y nuestra inmovilidad no sólo no es ruina, sino muchas veces es una suerte! ¡Ay! Todos somos unos grandes ilusos, y unos grandísimos presuntuosos.

Adol. Me parece que también tú estás de mal humor. ¿Me equivoco? ¿Acierto?

María Por milagro has acertado.

Adol. Dime una cosa: empiezo por advertirte que no respondo de la exactitud de lo que voy a decirte, porque lo oí entre humo de cigarros y choque de copas... Creí entender que has comprado un cuadro en la Exposición, un cuadro de precio... ¿Me equivoco?

María Hoy estás de suerte. También has acertado.

Adol. No lo he acertado; lo he oído, tengo la impresión de haberlo oído.

María Has oído bien.

Adol. Un cuadro de Frecci. ¿Seis mil liras?

María Exacto.

Adol. ¿Y dónde lo vas a poner?

María ¿Dónde? Sigue adivinando. No, lo que es esta vez, si que no aciertas... Le voy a poner en tu casa. Te le regalo.

Adol. (Asombradísimo.) ¿A mí? ¿Qué me regalas a mí un cuadro de seis mil liras? ¿Qué voy a hacer con él?

María ¡Qué pregunta! Mirarle.

Adol. ¿Y después?

María Volverle a mirar.

Adol. Ya, ya comprendo... Pero... ¿es realmente un cuadro de valor?

María Seis mil liras; ya lo sabes.

Adol. Pregunto si es hermoso.

María Tres por cuatro.

Adol. ¿Qué dices?

María Tres por cuatro.

Adol. Tres por cuatro, doce... Pero, no te entiendo,

María Pues es todo lo que puedo decirte. Me ha costado seis mil liras y mide tres metros de alto por cuatro de ancho. Es todo lo que sé.

Adol. ¿Y dónde le pongo yo?

María Donde te dé la gana. Representa tres muchachas entrando en el agua. Colócale en el cuarto de baño.

Adol. Tres por cuatro... Muchachas bañándose... Apenas quepo yo en mi cuarto de baño ¡figúrate si van a caber tres muchachas!... Y además... tres muchachas bañándose, y viéndome bañar... (Molesto.) Pero digo yo, ¿a qué santo viene regalarme ese cuadro?

María Para darme gusto, ¿entiendes? No para darte gusto a ti sino a mí; para quitármele de encima; para justificar de algún modo mi adquisición.

Adol. No sé... No sé... He dormido poco o tal vez he dormido demasiado. Debo estar un poco atontado; porque no comprendo.

María Ya comprenderás; no corre prisa. Dime otra cosa, ¿sabes batirte?

Adol. (Pasmado.) ¿Para qué?

María ¡Qué maldito vicio ese de contestar a una pregunta con otra!

Adol. Sí, sé batirme. Al menos en otro tiempo tiraba bastante bien. He sido sargento. ¡En guardia! (Se tira al fondo.)

María ¡Me sirves! No tengo más pariente que tú, y puede que tengas que batirte por mí.

Adol. ¿Yo? (Atontado.) ¿Por qué? ¿Con quién?

María No lo sé

Adol. (Enojado.) ¡Vive Dios que si tengo que batirme, quiero saber con quién!

María Puede que con nadie... Puede que con Frecci el pintor.

Adol. ¡Cómo! ¿Le compras un cuadro en seis mil liras, y todavía supones que te va, es decir, que me va a desafiar?

María Vuelvo a decirte que no sé nada. Ayer estuvo aquí la Baronesa, le dije lo que se merece, de hombre a hombre. ¡Sí, como si fuésemos dos hombres! Pero como desgraciadamente no lo somos, puede que haya ido a contárselo a su amante.

Adol. ¡Ah! ¿Frecci es su amante?

María ¡Claro que lo es! ¿Tienes algo que decir en contra?

Adol. ¿Yo?

María Pues si ella me le manda a mí, yo se le mando a él. Si hace falta un pretexto pronto se encuentra...

Adol. ¿Ves a lo que conduce echárselas de hombre siendo mujer? A que en el momento decisivo, sea preciso comprometer a un hombre de verdad! ¡Bonito resultado!

María ¿Tienes miedo?

Adol. No; pero no me hace maldita la gracia.

María ¡Tienes miedo!

Adol. Te digo que no, pero, ¿y si lo saben en Treviso? Yo que me dedico a liquidador de haciendas... En vez de liquidar yo, me liquidan a mí.

María No te preocupes. Te lo he dicho, para saber si podía contar contigo. Pero volverás a Treviso, no tendrás la más leve molestia. ¡Quién sabe si me iré yo contigo!

Adol. ¿Tú?

María No a tu casa. No quiero comprometer tu buena fama de hombre maduro y modigerado... Iré a una fonda o alquilaré una casa.

Quiero marcharme de aquí. Estoy harta de Florencia.

Adol. ¿Es posible? Una ciudad tan bella, sobre todo a la luz de la luna.

María ¡Eso es! Demasiado bella. No quiero cosas bellas en derredor mío. Hay demasiados palacios, demasiadas baronesas...

Adol. (Remedando el acento.) Demasiados pintores...

María ¡También! ¡Demasiado de todo! ¡Búscame una villita, un jardincillo, un huerto! Aquí me aburro, me entra melancolía. Florencia es demasiado artística. Es toda un suspiro. Yo necesito respirar y no suspirar! ¡Necesito un pedazo de cielo y de verde, pero verde auténtico, no verde pintado! Y además, ¡no sé! Florencia es demasiado grande, demasiado rica; el poco bien que pudiera hacer, y que no he hecho hasta ahora .. aquí se pierde. En cambio, en un pueblecito modesto, podré emplear mi actividad útilmente, gastar un poco dinero útilmente, fundar una escuela...

Adol. (En el mismo tono.) Dejarte crecer otra vez el pelo, transformarte, volver a ser mujer, como todas las demás...

María ¡Qué tonto eres! Pero eres simpático.

Lucía (Entrando.) El señor Torelli.

María ¿También ese? Que pase. (Se va Lucía.)

Tomás Hola. Ayer me trataste bastante mal, pero no te guardo rencor. Hola, Adolfo.

Adol. ¡Hola!

María (Sorprendida.) ¿Os tuteais? ¿Tan pronto?

Adol. (Desolado cómicamente.) ¡Sí! hemos llegado a eso.

Tomás (A María.) Le hemos otorgado ese honor. Anoche tras una copiosa cena, a costa suya, le permitimos que nos tutease como si fuera un artista o algo por el estilo, y no un miserable contador y liquidador ¡de Treviso! Pero dime, María, ¿es verdad lo que acaban de contarme en la secretaría de la Exposición? ¿Que tú?...

María Sí, sí, es verdad, es verdad. Me arruino por Frecci, soy amante de Frecci, Todo lo que querais, todo lo que se dice, todo lo que no se dice... Todo es verdad, todo, con tal de que no me hableis de ello.

Tomás Dispensa, no creí... (Se sobreentiende «ofenderte».)

María Eso es, tú no creías. No hay por qué seguir comentando el asunto. Hablemos de otra cosa. (A Adolfo.) ¿Le has dicho aquello? ¿No? Te lo diré yo. Vengo con un honroso encargo. Daniel, Adolfo y yo, dentro de una hora vamos...

Adol. No, no; yo me marcho esta tarde a Treviso.

Tomás ¡A callar, contador! Dentro de una hora, Daniel, Mussati, Adolfo y yo, merendamos en el estudio del pintor Carobi, que festeja su nombramiento de Caballero... ¡Han hecho Caballero a ese burr l... Carobi desea que tomes parte en el festejo. ¿Vienes?

María ¿Por qué no? Con mucho gusto.

Tomás Entonces volveremos por ti dentro de un rato.

María Cuando querais. Estrenaré un traje nuevo. El traje sastre más masculino, de todos los trajes sastres que se han hecho nunca para una señora. ¡Ya vereis, ya veréis qué disgusto se lleva mi primo!

Adol. (Suplicando cómicamente.) ¡Dejadme volver a Treviso!

Tomás Mañana; esta tarde vienes con nosotros.

María Sí, sí; esta noche te quedas en Florencia. (Riendo.) Puedo necesitar de ti.

Adol. Es verdad. ¡Sea! ¡Pobre despacho mío! ¡Pobres clientes!

Tomás (A María, levantándose.) Dentro de media hora estaremos aquí. Pero no subiremos, te llamaremos desde la calle.

Adol. ¡Eso faltaba!

Tomás No te escandalices. ¡No temas! Siempre que la llamamos desde la calle decimos: ¡Mario! ¡No decimos María... Y ella que es más inteligente que tú, baja. Somos hombres de mundo. No somos contadores de Treviso. Hasta ahora.

Adol. Déjame que ponga un parte a mi casa.

Tomás Eso sí. Pero conmigo. Vamos juntos a telégrafos. ¡No hay escape! ¡Conmigo y con Daniel!

Adol. ¡Como entre dos guardias! ¡Ni que hubiera hecho quiebra!

Lucía (Saliendo.) El señor Barón de Krubelich.

María ¡Ah! Que pase. (Vase Lucía.)

Tomás Apropósito, ¿estuvo aquí ayer mucho tiempo la baronesa?

María Bastante.

Tomás ¿Qué te ha parecido? ¿Verdad que es muy guapa?

María ¡Guapísima, simpatiquísima, amabilísima! ahora marchaos.

Tomás Demasiados superlativos. No te creo. Oye, no pierdas el tiempo charlando con él. ¿Vengo pronto?

María ¡Sí, pero vete ya!

(Los empuja hacia la puerta y tropiezan con el BARÓN que entra.)

Barón ¡Hola, Tomás!

(Tomás y Adolfo desaparecen. El Barón besa la mano a María.)

María Siéntese usted, Barón.

Barón Mi querida amiga... (Siente algo de fatiga, toma aliento.) La escalera... La Baronesa ha quedado encantada de la amabilidad de usted.

María ¿De veras?

Barón De veras. Era cosa descontada, usted encanta a todo el mundo. Es usted una pequeña sirena. De tener yo... poco... unos treinta años menos, le haría a usted la corte. Pero, ¿qué tiene usted? No el humor de costumbre. ¿Está usted también indispuesta?

María No.

Barón Menos mal. Usted no debe sufrir nunca. Cuando se es joven como lo es usted, todo es bello, todo está lleno de luz, todo es salud. Ahora óigame usted. Mañana por la noche, habrá en mi casa una pequeña recepción; pocos, pocos amigos. Pero la Baronesa cuenta con usted. Ella misma vendrá a invitarla mañana, pero yo le anticipo la invitación, sumando mi ruego al de ella. (Con acento casi afirmativo.) ¿Vendrá usted?

María No.

Barón (Afligido) ¡Oh! ¿Tiene usted otros compromisos?

María No tengo compromiso ninguno. Pero no iré... Usted es mi amigo, usted me agrada, pero la Baronesa no.

Barón (Pasmado.) ¿Por qué motivo? ¿Es que ayer

acaso no estuvo la Baronesa amable con usted? Ayer no me indicó usted nada, sin embargo... Lo sentiría con toda mi alma.

María ¿Por qué, Barón? La simpatía y la antipatía no se imponen. La Baronesa no me ha sido simpática y creo haberle hecho la misma impresión.

Barón (Protestando.) ¡No! ¡Ya le he dicho a usted que encantada! ¡Se ha declarado encantada!

María Porque no ha querido darle a usted un disgusto ya que usted había insistido tanto para que yo la conociese; pero ha mentido. Aquí, en mi casa, encontrará usted siempre un cigarrillo y una taza de té... Para usted. Pero ir yo a su casa de ustedes, ¡no!

Barón (Un tanto triste.) Es usted mala, pequeña amiga mía, ¡muy mala! No necesitaba usted explicarme por qué no quiere venir a mi casa; bastaba con haber dicho no puedo, cada vez. Si no a la primera, lo hubiese comprendido a la segunda, a la tercera. Soy viejo pero aún no perfectamente imbécil.

María Créame usted, querido Barón. Me duele haberle hablado así, pero debía hacerlo.

Barón No lo creo.

María Si me he expresado de ese modo...

Barón Calle, se lo suplico... más vale callar.

María No, Barón, es que quiero decirle a usted...

Barón (Correcto, pero decidido.) No. No me diga usted nada. No haga usted lo que se proponía hacer. Bastante ha dicho usted ya. Era usted una pequeña amiga mía; no se convierta en mi pequeña enemiga. Permita, en cambio, que un viejo chambelán la dé un consejo... Seguro siempre que en cualquier ocasión... Siempre que dude usted entre hablar o no hablar, no hable. Al entrar yo, dudaba usted: ¿Digo... no digo? La he visto a usted incierta. Ahora ha decidido usted. Yo adivino, pero no quiero oir. Tal vez dentro de usted, quiera usted convencerse, de que me presta usted un servicio con su sinceridad, mientras, únicamente satisface usted un pequeño rencor. (Atajando un ademán de protesta de María.) Sí, señora. Lo que usted que-

rría decirme y no quería decirme lo sé... (María le mira fijamente como interrogándole.) Sí, lo sé; por lo tanto es inútil. (Poniendo el dedo índice sobre los labios.) Silencio... lo sé... (Lento.) Antes de casarme con ella, después de casarme con ella.

María ¡Cómo! Pero yo...

Barón (Repite el gesto.) Silencio. Me explico. Usted ve en un escaparate una sortija que le gusta. Usted la compra. Alguien le advierte: «Tenga cuidado, pueden robarle a usted, le van a robar.» No importa. Si le gusta a usted, la compra a pesar de todo. Así hice yo Mi primera mujer, no; no me ha engañado. ¡Puedo jurarlo! (Extiende la mano.) ¡Juro! Aunque esta segunda me engañe, será una entre dos; no puedo quejarme. ¿Hace usted una mueca?... No, pequeña amiga, enemiga, no soy un cínico... Mi primera mujer era una flor, una flor. (Se acalora. Luego se conmueve con el recuerdo.) Murió en mis brazos. Me la trajeron a casa con la cabeza destrozada por una bomba. Allá, en Moscou... Segada como una espiga. Se me murió sin oir que la gritaba: «¡Abre los ojos, abre los ojos, mon amour!...» ¡Fué un dolor!... Esta... me importa poco.

María Entonces, ¿por qué se ha casado usted con ésta?

Barón (Interrumpe.) Porque de recuerdos no se vive. (Con sonrisa triste.) Porque yo soy vicioso. Esta mujer me ha gustado, se me ha subido a la cabeza. Ella no quería nada conmigo; había que comprar o dejar. Yo he comprado. Ha hecho usted mal, dice usted. No, no he hecho mal. Tenemos que amoldarnos a la vida todos, desde el Zar al mugick. (Insinuándose.) Si usted quiere a alguien...

María ¿Yo?

Barón (Lentamente.) ¿No?... Hipótesis. Si usted quiere a alguien, siga usted mi consejo. Compre usted. Usted es rica, compre.

María ¿Para que me engañen más tarde? ¿Para sufrir atrozmente?

Barón (Con mucha serenidad.) Después: sufrirá usted después. Haga usted caso a un amigo viejo.

Y, además, usted es joven; usted puede luchar, no consentir que otras pongan la mano en su anillo de boda. Usted no es un viejo chambelán jubilado. (Hace una graciosa reverencia.) Hágame usted caso; compre usted.

María (Melancólica.) Pero, ¿qué quiere usted que compre? No hay nada en el mercado. Para comprar hace falta que las cosas estén a la venta.

Barón No es preciso; se ofrece. Se dice: ¿Por qué no vende usted? Yo compraría. De niños todos creemos que hasta los hermanitos y hermanitas se compran.

María Pero yo ya no soy niña... ¡Hace mucho tiempo, Barón!

Barón Cuando conviene se vuelve uno niño. Todo se compra. Hasta, Dios me perdone, el Paraíso. Con limosnas, con buenas acciones. Yo he comprado a mi mujer, mi mujer ha comprado el título de baronesa. Mientras se compra, se vive. Cuando son los demás los que gastan, todo ha terminado.

Lucía (Anunciando.) El señor Frecci...

(El Barón hace un brusco gesto de desagrado.)

María Que espere.

Barón (A María.) Si es por mí, mándele pasar, yo me marcho. (Se levanta.)

María (A Lucía.) Yo llamaré.

(Vase Lucía.)

Barón (Con gracia.) Ha comprado usted el cuadro del pintor Frecci, yo en su lugar de usted, hubiese comprado al pintor.

María (Rápida, para interrumpir la conversación.) Buenas tardes, Barón. (En seguida, con dulzura.) Usted perdone si le he dado un disgusto. ¿Cuándo nos volvemos a ver? Hasta... Si usted se empeña en que vaya a su casa, iré.

Barón Buenas tardes, amiga mía. (Se dirige hacia la puerta y casi desde el umbral se vuelve.) Deme usted un beso. (María le besa en una mejilla.) ¿Ve usted? También este beso es comprado. Comprado con un buen consejo, el del pintor. (Hace una reverencia y vase.)

(María permanece un momento pensativa, indecisa, y luego llama al timbre.)

Héctor (Entrando bruscamente.) Buenas tardes.

María Buenas tardes, Héctor. (Héctor permanece callado.) ¿De dónde vienes?

Héctor De allí; del palacio... He hablado con la Baronesa. Y he sabido todo... ¡Está bien!... ¡Muy bien! ¿Me mandaste con el Barón a dar vueltas por tu casa para hacerme entre tanto un buen servicio?

María ¿Qué te ha contado la Baronesa?

Héctor Vuestra conversación de ayer, todo lo que mutuamente os digísteis, todo, de por be. ¡Un encanto! y sobre todo tu prudente consejo; que me deje en paz o que me plante de una vez. Quisiera saber quién te ha mandado meterte en este asunto. ¿Por qué te entremetes entre ella y yo?

María ¿Has terminado?... Eres injusto. He hablado porque me tiró de la lengua la Baronesa de Krubelich. Fíjate en el respeto conque le doy el título de nobleza que ha adquirido. La Baronesa de Krubelich.

Héctor Es que yo no he solicitado tu intervención.

María ¿Qué importa? Si a mí me parecía útil... Por cada cien enfermos, apenas habrá diez que le digan al cirujano: ¡Corte usted! El cirujano corta sin pedir parecer cuando le parece necesario. En ciertos casos el amigo es el cirujano.

Héctor Pero hasta el amigo puede ser indiscreto. Y yo me pregunto lo que, sin habértelo dicho, se ha preguntado seguramente la Baronesa. ¿Por qué causa, entre tantos amigos como tengo, has ido tú a tomar la cosa tan apecho, tú que justamente eres una amiga?

María ¿Por qué? Porque tus demás amigos se divierten contigo, pero no se paran a juzgarte en serio, ¿para qué? Es mucho más comodo no contrariarte en nada y despellejarte después.

Héctor ¡Mira por dónde no tengo más amigo que tú!

María Es posible.

Héctor Y con entrometerte en este asunto no has conseguido nada. La situación sigue siendo la que era. En su casa nos hemos dicho unas cuantas palabras ásperas. Nos hemos dejado por hoy; mañana volveremos a estar juntos.

María No importa. He hecho lo que debía.

Héctor Ya; y para colmo, gracias a tu iniciativa no solicitada, he quedado en ridículo. Parece que yo te he dado el encargo de hablarlal... Que soy un adolescente irresponsable, cogido en las redes de una coqueta peligrosa; un chiquillo que ha recurrido a ti, para que le saques del apuro. Y para obtener un resultado tan brillante. Porque ya te lo he dicho; quieras o no, todo seguirá lo mismo.

María ¡Quieras o no!... Me dices eso como si se tratase de un disgusto para mí, y no de un castigo para ti. ¿Que no ha cambiado nada? Eso es cuenta tuya. ¿Estás en un lodazal y te encuentras a gusto? ¿Te parece muy bien? ¡Pues que te diviertas, hijito!

Héctor (Casi amenazador.) Eres mujer, pero estás abusando. Te aconsejo que te calles.

María ¡Ah! ¿sí? Ya no hablo más. (Con gran amargura.) No hablo más. Pero nunca hubiera supuesto una aspereza semejante, una hostilidad tan decidida y tan irritante como la tuya. (Vibrante.) Sí, me he equivocado, reconozco que he hecho muy mal, pero no en el sentido que tú dices. Me he equivocado al juzgarte. No vales ni un céntimo más que los otros... Y eso es lo que me da pena, lo que me pesa, y me duele más que tus palabras airadas, más que tus reproches de chiquillo.

(Pausa. Los dos se vuelven mutuamente las espaldas. María logra encender un cigarrillo después de haber tirado dos o tres cerillas.)

Héctor ¡Qué animal!

María (Volviéndose.) ¿Me lo dices a mí?

Héctor Me lo digo a mí. ¡Qué animal!... Ya que no puedo pegar al caballo, pego a la silla. Le tengo rencor a ella y le pago contigo. Perdóname. Me confieso culpable. Hagamos las paces. (María sigue fumando sin contestar.) ¿Quieres que hagamos las paces?

María (A regañadientes.) Figúrate...

Héctor Eso no es decir nada. Debes contestar: Sí, hagamos las paces.

María (Sacudiendo los hombros.) ¿Y luego?...

Héctor Luego, nada. Nada y todo. Amigos como an-

tes. (Pausa.) ¿Quieres? Dame la mano. (María sin volverse le tiende la mano.) ¿No puedes moverte? ¿No te quieres volver? (María se levanta y le ofrece la mano, pero procurando hurtar el rostro.) A ver esos ojos... A ver si me guardas rencor... Arriba... quiero ver... Arriba esa cabeza. (Le hace levantar el rostro casi a la fuerza.) ¿Lagrimones? ¿Lloras? ¿Por mí? ¿Te has ofendido? ¡Mi pobre María! (Con mucha dulzura.) Sí, María; porque yo cuando más he ofendido al amigo, he ofendido a Mario; pero quien llora es María... Mario es un hombre y no sería tan susceptible, tan sensible. Las lágrimas en cambio son femeninas.

María Por eso me da vergüenza y no quiero que me veas la cara.

Héctor Haces mal. ¿Por qué te da vergüenza? Quien llora es María... y a María no la conocía hasta ahora, puede decirse. Has hecho siempre todo lo posible para esconderte. Eres como una persona nueva para mí... Dí la verdad, ¿estás celosa? ¿Has estado celosa? Todas las amistades son celosas como los amores, ya que las dos palabras amistad y amor tienen la raíz común; y lo mismo que las palabras son los sentimientos; o se separan o se confunden. ¿Verdad, María? Tú me quieres, me quieres de veras, lo sé, y yo he hecho muy mal, rematadamente mal en tratarte con tanta dureza. (Casi bromeando.) Me arrepiento, me arrepiento. Déjame que en castigo te seque las lágrimas... Oye... oye... que te pido perdón... He sido un necio, ¿verdad? Un bárbaro que ha dado un apretón demasiado fuerte a una niña pequeña y le ha hecho daño. Tanto daño te he hecho... es que no creía... no sabía... no quería... (Turbado y conmovido la acaricia tímidamente.)

María No, déjame, déjame.

Héctor ¿Por qué lloras?

María Lloro porque te pierdes, porque malgastas el talento, porque te estás envileciendo.

Héctor Lo sé, no hablemos más. Ya encontraré manera de dar un tirón y librarme... Las otras veces nunca me dije: ¡Basta ya! Y sobre todo, nunca quise de veras acabar, pero esta

vez querré. Debo querer. No tengo más remedio que volver formalmente y de prisa a mis pinceles. Tengo una razón más. ¡Tengo que pagar una deuda, una deuda grande! Sí, señora; tus seis mil liras.

María ¿Tanto te pesan?

Héctor Lo que no te puedes figurar. ¡Imagina tú si voy a querer deberle seis mil liras a una mujer!

María ¿También eso te lo ha dicho ella?

Héctor Sí. Y es justo... y es precisamente lo que más me irrita contra mí mismo. Haciendo lo que he hecho de una bajeza involuntaria, he pasado a una indignidad voluntaria. Nada, nada, me has prestado los cuartos. El cuadro te le regalo.

María Y yo le acepto... Pero con una condición... Que sea un regalo de boda. Cásate conmigo.

Héctor ¿Qué dices?

María Cásate conmigo.

Héctor No.

María Respuesta pronta y clara...

Héctor No, por un motivo... que vale un millón. El que has heredado.

María Tú tienes tu arte.

Héctor ¡Y porque te quiero mucho, pero tal vez no te quiero de amor!

María ¡Ya lo sé! ¡Sería demasiada suerte! Si me amases me hubieras dicho tú: Cásate conmigo No te lo hubiera dicho yo.

Héctor No sé, María, no sé... Hasta ahora te he visto de otro modo... Nunca he pensado... Has vivido como si no debiéramos ni siquiera pensar... Para mí eras el amigo, el compañero... Eras otra cosa. Hace un instante te daba vergüenza llorar. ¿Por qué?... Déjate ver, amar... como seas realmente, sin esa careta que te has puesto y que te ocultaba. No sabía de ti. ¡No te conocía!

María Hasta ayer puede decirse que no me conocía yo tampoco. Yo misma me preguntaba toda turbada, ¿qué es esto?, ¿qué me pasa? Ayer, cuando nos quedamos solos aquí tú y yo, sentí... (Hace un ademan indicando que un nudo le ahogaba.) No quería... no quería... Pero no se puede no querer... Era más fuerte que yo.

Y esperaba que tú lo comprendieses... y me daba mucha vergüenza hacerme comprender... Me sentía demasiado vieja y demasiado niña... Estaba azorada... como si me hubiese puesto un traje nuevo. ¿Por qué, por qué esta felicidad y esta angustia? ¿Este placer hecho del dolor? ¿Este deseo de llorar y de acabar con una carcajada? ¡Una risa que supiese a llanto!... No sé, no sé. ¡No sé decirlo, ea!

Héctor Sí que sabes decirlo... Tantas cosas sabes decir... hasta las que no dices... Eres una brujita... Sabes quitarme de encima diez años; los malos recuerdos, las alegrías turbias, las ansias de los sentidos. Tu pureza me purifica a mí también. Nunca me he sentido tan joven y tan bueno como ahora... ¡Quién sabe; tal vez inconscientemente iba yo acercándome a la crisis y apresurando la liberación!... ¿Sabes lo que me ha dicho la otra?

María Deja... deja...

Héctor No, quiero decírtelo; más vale que te lo diga. De aquí en adelante, tú y yo tenemos que decírnoslo todo. Pues con la franqueza malvada que da la ira me dijo que me había aprovechado de tu cariño... para.. ¡No es verdad! No sabía... Pero si no hubiese acudido a ti en demanda de ayuda, no hubiera llegado... ¡quién sabe! Hay un guía misterioso que nos coge de la mano y nos pone en el camino de la felicidad... ¡Quién sabe! Tal vez era preciso que yo pasara a través del mal, del pecado, para alcanzar la orilla. ¡Pequeño, pequeño, pequeño bien grande, que hace tanto tiempo tenía cerca y por delante del cual pasaba y a poco paso sin darme cuenta... sin verte! (Pausa breve. Tomás desde abajo grita.)

Tomás ¡Marioooo!

Héctor No respondas, Mario no está. Ya no hay Mario... No hay más que María. ¡Mi María! (Le echa los brazos al cuello. Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Antonio Fernández Lepina

Estrella, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
La mujer de Cartón, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
Hilvanes, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
La fea del ole, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.)
Don Gregorio el Emplazado, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
Chiquita y bonita, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada. (Coliseo del Noviciado.)
Los cuatro trapos, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Fogliettı y Escobar. (Gran Teatro.)
Suspiros de fraile, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)
El mantón de la China, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)
La corte de los milagros, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
Los envidiosos, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
La señora Barba-Azul, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
El hongo de Pérez, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.)
La loca fortuna, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
Pathé, Freres, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)
El jipijapa, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Martín.)
La perra gorda, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
La vocación de Pepito, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocation du fils du Monducet», de Sacha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)

El nuevo testamento, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)

El caballo de Espartero, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel)

El servicio doméstico, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur», de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.)

Las sagradas bayaderas, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Vela (Teatro Martín.)

Los chicos de la Calle, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español)

Percal y seda, entremés.

El señor Duque, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano y al portugués.)

Una buena muchacha, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino Lopez, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)

La última opereta, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)

La Maja de los Madriles, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)

Lulú, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

La Rosario, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)

El escándalo, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Ejemplares manuscritos, 15 pesetas.)

El valiente capitán, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)

Mario y María, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi (Teatro Eslava.

La Eva ideal, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)

La embajadora, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.)

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les faciliten.